ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Nuevas y viejas generaciones argentinas.
Entre el positivismo de José Ingenieros, el vitalismo de Ortega y Gasset y la renovación novecentista de Eugenio D'Ors

Marta Campomar

Resumen
Este artículo presenta tres opciones distintas al alcance de las nuevas generaciones argentinas en los años 20 representada por José Ingenieros, prominente figura del positivismo cientificista argentino, en contraste a las propuestas de sensibilidad vitalista y de renovación cultural diseminadas por Ortega en 1916 desde la cátedra de la Institución Cultural Española, y por Eugenio D'Ors en su visita de 1921 a Córdoba y Buenos Aires. Estas propuestas divergentes provocaron una división generacional que sacó a la superficie inquietudes sociales, científicas y culturales en naciones sudamericanas jóvenes que analizaban críticamente el pensamiento filosófico orteguiano de cara a sus propias necesidades reformistas e intelectuales y desde un punto de vista americano.

Palabras clave
Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Argentina, positivismo argentino, vitalismo americano de Ortega, renovación novecentista dorsiana

Abstract
This article presents three different options available to new argentine generations during the twenties, represented by Jose Ingenieros leading figure of Argentina's scientific positivism, in contrast to the vital sensibility and cultural restoration spread by Ortega in 1916 from the chair of the Institución Cultural Española and by Eugenio D'Ors in his visit to Córdoba and Buenos Aires in 1921. These diverging proposals produced a generational rift which brought to the surface, social, scientific and cultural aspirations in young nations analyzing critically Ortega's philosophical thoughts in the face of their own needs for intellectual and social reform and from an american point of view.

Keywords
Ortega y Gasset, Argentina, argentine positivism, Ortega's american vitalism, renovation for a new century in Eugenio D'Ors

Estas tres concepciones responden a tres personalidades que representaron en el duelo generacional argentino de los años 20 tres posiciones divergentes. Las dos primeras la del positivismo de José Ingenieros y la del vitalismo de Ortega y Gasset representaron una gran ruptura generacional que se desprende del primer viaje del 16, llegando más tarde en 1921 Eugenio D'Ors a moderar entre ambos con una tercera opción más reconciliadora y de continuidad con el pasado.

Cómo citar este artículo:

Campomar, M. (2003). Nuevas y viejas generaciones argentinas. Entre el positivismo de José Ingenieros, el vitalismo de Ortega y Gasset y la renovación novecentista de Eugenio D'Ors. *Revista de Estudios Orteguianos*, (7), 195-246.

https://doi.org/10.63487/reo.714

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

El acontecimiento inicial que marcó el viaje de Ortega para ocupar la cátedra universitaria de la Institución Cultural Española fue su enfrentamiento con el positivismo argentino. Los *Anales* de la Cultural registran este hecho iniciándose en la conferencia inaugural del 7 de agosto de 1916 donde al discurrir Ortega sobre "El sentido de la filosofía" señaló que la filosofía no era una simple sistematización de otras disciplinas científicas "defendiéndola contra los embates del positivismo"[1].

Los *Anales* impresos en 1947, poniendo en su contexto histórico este enfrentamiento con el positivismo argentino comentaban que: "Para estimar el valor de estas conferencias, su influencia en el medio culto de la Argentina y su significación de fermento intelectual, ha de recordarse que, en aquél entonces, los estudios filosóficos en la Argentina estaban muy lejos de haber alcanzado su actual madurez. Por razones históricas, fácilmente comprensibles, los medios intelectuales argentinos vivían aun bajo la influencia del sistema de ideas que predominó en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX. Fue allí el positivismo un largo paréntesis en la auténtica especulación filosófica y para salirse de él, para volver al dominio de las ideas que se ocupan en los problemas fundamentales del espíritu humano, retornaron las mentes más agudas a los filósofos clásicos". Y luego añadían: "Pero este retorno solo debía servir de impulso a una original creación filosófica. De esa original creación, de las novísimas tendencias de la filosofía en los años finales del siglo XIX y en el primer quinquenio del actual, apenas había llegado un débil eco a esta parte de América. Ortega, con sus conferencias, admirables por su elocuencia y el saber de quien las dictaba, trajo a la Argentina un estímulo de orden espiritual que aun hoy perdura en el país"[2].

Los *Anales* también recogen las expresiones de Ortega desde la revista *España* de Madrid antes de desembarcar en Buenos Aires, definiendo el programa de su viaje con carácter académico, aclarando que "voy a dar un curso sobre los problemas más actuales de la filosofía. Quisiera presentar el panorama de las investigaciones filosóficas según éstas se hallan en el momento en que la guerra vino a interrumpirlas. Intentaré transmitir mi impresión de la fecunda renovación en que la filosofía ha entrado. Haré notar en este ciclo que, para la filosofía, la fecha 1899 significa un pasado absoluto"[3].

Este rupturismo característico de Ortega desde su juventud, cuyo fin era romper amarras con el atroz siglo XIX, no acarreaba un corte con los clásicos, incluso aclara que la universidad tenía como misión transmitir la conciencia de los clásicos alegando que "el pasado, como pasado, tiene en ciencia un oficio

[1] *Anales de la Institución Cultural Española*, tomo I, Buenos Aires, 1947, p. 59.
[2] *Ibíd.*, pp. 152-153.
[3] *Ibíd.*, p. 153.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ejemplar"[4]. Por esto mismo anunciaba que dedicaría otro curso académico a comentar algunos trazos de la *Crítica de la Razón Pura* de Kant, aspirando a separar en la ciencia de la filosofía lo que era diletantismo con lo más serio de la renovación filosófica.

El enfrentamiento de Ortega y Gasset con el positivismo argentino no tiene sentido si no se encuadra el tema como rivalidades entre sectores académicos universitarios sobre todo con aquellos más adheridos al positivismo cientificista de la personalidad de José Ingenieros, indiscutido maestro de juventudes argentinas. Como dejaría dicho Ernesto Quesada, presidente de la Academia de Letras en 1925, "José Ingenieros era «el argentino» del momento en la vida intelectual latinoamericana de aquellos años, y ha seguido siéndolo hasta el instante actual"[5]. Sin este protagonista mucho de lo discutido entre Ortega y los argentinos entre 1916 y 1928 sobre el rol de la filosofía en el mundo moderno y sus relaciones con las ciencias naturales, no tendría coherencia.

Si hubo dos personalidades que dieron a su patria desde su juventud el máximo esfuerzo que le debe un ciudadano a la cultura y ciencia de su país, fueron Ingenieros en Argentina y Ortega en España. Hombre de poderosa individualidad, Ingenieros era una personalidad difícil de caracterizar. Tenía su sequito de jóvenes admiradores por ser hombre íntegro, respetado como autoridad científica en el claustro universitario y en el Consejo Académico. Además fue el fundador y director de la *Revista de Filosofía*, única en su género en el continente sudamericano. Como dejaría dicho Roberto Giusti desde su revista *Nosotros*, era un milagro que dicha publicación existiera en una sociedad utilitarista y de poco pensamiento abstracto.

Aunque de trayectorias intelectuales opuestas, las figuras de José Ingenieros (Buenos Aires, 1877-1925) y José Ortega y Gasset (Madrid, 1883-1955) tenían muchas cosas en común. Los dos fueron académicos y escritores infatigables, dedicados a la ciencia utilizando el medio del periódico, las revistas, o las editoriales populares. Como profesores de universidad, influían en las juventudes desde posiciones científicas distintas, Ingenieros sobresalía en la medicina y psicología de donde provenía su positivismo fisiológico-experimental y Ortega remontaba sus diálogos con la juventud desde la especulación filosófica y desde una psicología social que afloraba en sus escritos amenos en forma de meditaciones más que tratados científicos. Sus artículos rozaban permanentemente desde el diario *La Nación* con la antropología intimista de los pueblos, la sociología y la historia colectiva o individual.

---

[4] *Ibid.*, p. 153.

[5] E. QUESADA, "La vocación de Ingenieros", *Nosotros*, número especial dedicado a J. Ingenieros en su fallecimiento, diciembre 1925, p. 437.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Eran hombres de la misma generación (se llevaban solo seis años), Ortega hijo de clase media madrileña educado por jesuitas en Málaga, Ingenieros provenía de un hogar socialista de clase menos acomodada pero con suficiente talento como para ingresar de alumno en el celebre Colegio Nacional de Buenos Aires. Hijos del siglo XIX, ambos vivieron la década victoriana desde un ambiente histórico muy distinto. Ingenieros luchó contra la pobreza y desde un pueblo joven plagado de inmigrantes italianos, ayudando a su padre a corregir pruebas de imprenta. Ortega y Gasset relacionado a un influyente periódico madrileño, *El Imparcial*, tuvo acceso al periodismo de ideas desde su juventud volcando en revistas y diarios madrileños sus ideales reformistas. En las columnas de *El Imparcial* comenzó a publicar los primeros ensayos críticos contra una España decadente cuyo sistema político se desmoronaba y en una Europa en crisis por su estancado aburguesamiento y cientificismo positivista.

Respecto a sus carreras profesionales, Ingenieros se graduó primero de farmacéutico en 1897, y luego de doctor en Medicina (1900) concursando más adelante en 1904 a la cátedra de Psicología Experimental de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Llegó a ser presidente de la Sociedad Médica en 1900 y de la Sociedad de Psicología fundada en 1910. A partir de un viaje a Europa entre 1911-1914, estudió brevemente en París, Lausana y Heidelberg dedicándose a la filosofía. A su vuelta fundó en Buenos Aires en 1915 el primer semanario de filosofía y en ese mismo año su *Revista de Filosofía*. En 1905 representó la Argentina en el Quinto Congreso Internacional de Psicología celebrado en Roma. Entre 1905-1906 visitó varias universidades europeas dando conferencias y colaborando en sus revistas. Fue en 1916 especialmente invitado por la Fundación Carnegie para asistir al Congreso Científico de Washington y en 1918 fue nombrado académico de la Facultad de Filosofía y Letras presentando con tal motivo en los claustros de la Facultad sus "Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía", obra de signo netamente inverso al mensaje orteguiano del 16.

Además de esta publicación Ingenieros habría publicado los siguientes libros: *La psicología en el Arte* (1902), *La simulación en la lucha por la vida* (1903), *La simulación de la locura* (1903), *Histeria y sugestión* (1904), *Patología del lenguaje Musical* (1906), *Crónicas de viaje* (1906), *Criminología* (1907), *Sociología argentina* (1908), *Principios de Psicología* (1911), *El hombre mediocre* (1913), *Hacia una moral sin dogmas* (1917), *Ciencia y filosofía* (1917), *Evolución de la ideas argentinas* (1918), *Las doctrinas de Ameghino* (1919), *La locura en la Argentina* (1921), *Los tiempos nuevos* (1921), *Emilio Boutroux y la filosofía francesa* (1922), *Las fuerzas morales* (1925), y varios ensayos que se publicaron en la *Revista de Filosofía* sobre "La cultura filosófica en España", "Ideas coloniales y la Dictadura de Rosas", "La filosofía científica en la organización de la universidad", y temas sobre el amor,

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

las multitudes, etc. Era más conocido fuera de Argentina por sus estudios sobre Criminología y Psiquiatría y por sus principios de Psicología que como filósofo propiamente hablando. Dentro del país fue apreciado por su labor como filósofo de la historia, sobre todo por su esfuerzo sociológico-histórico que consistía en haber encarado estudios sobre la sociología y evolución de las ideas en Argentina en la formación de una raza. Ingenieros comprendía que si los jóvenes debían enfrentar con confianza el porvenir lo debían hacer con respeto hacia su pasado, sin atarse a sus supersticiones y convencionalismos. Los jóvenes debían entender la historia viva de su país, para extraer de allí una vida mejor, nuevos ideales sobre los viejos que ya cumplieron su misión. Para Ingenieros la historia debería ser "repensada por cada generación".

A su vez Ortega y Gasset cursó en la Facultad Central de Madrid su carrera de Filosofía, emprendiendo entre 1905 hasta 1908 estudios en Alemania. En 1908 oposita a la cátedra de la Escuela Superior del Magisterio y es nombrado profesor numerario de Psicología, Lógica y Ética. En 1910 ocupa la cátedra de Metafísica de la Universidad Central vacante a la muerte de Salmerón. En su juventud publicó varios artículos de tono "reformista", de pedagogía social y política en varias revistas españolas. En mayo de 1916 apareció el primer tomo de su revista *El Espectador*. En política activa, en 1914 habría creado la Liga de Educación Política en cuya representación dio su famosa conferencia sobre "Vieja y Nueva Política" en el teatro de la Comedia de Madrid. En diciembre fue elegido miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas pero no ocupo el sillón. De sus obras habría publicado *Meditaciones del Quijote* en 1914, y en *Personas, obras, cosas* reunió todos los artículos de su etapa juvenil. Antes de viajar a Argentina anunciaba en su prólogo a esta última obra, que estaría cerrando una etapa de su vida intelectual reformista para comenzar otra nueva, más erótica y vitalista. Como Ingenieros en su propio contexto, fue un incitador de ideales nuevos, de una España que debía renovarse dentro de Europa y para salir de su decadencia debía enterrar su pasado de odios o rehaciendo su historia dentro de un nuevo orden de cosas.

Entre estas personalidades la de "Don Pepe, el hipnotizador" como le denominaban los que trataban íntimamente a Ingenieros, y "El Espectador", apodo que le quedaría a Ortega en su trato familiar con la alta sociedad argentina, aparece "El Glosador", catalán, un año mayor que Ortega, quien se habría licenciado en Derecho en Barcelona en 1905. Luego se trasladó a París donde inició sus estudios de filosofía en la Sorbona, recorriendo los caminos de la Psicología desde Alemania y Ginebra. Cuando llegó a Argentina ya tenía escritas sus glosas cotidianas en *La Veu de Catalunya*, *La Bien Plantada* y *La filosofía del hombre que trabaja y juega*, antología de su pensamiento filosófico que compartió con sus estudiantes de la provincia de Córdoba y con los porteños en sus cur-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

sos de 1921. Según los *Anales* de la Cultural su filosofía de la inteligencia exigía del hombre completo no solo la pura contemplación también la acción en una lucha permanente entre la libertad interior y la residencia a la fatalidad exterior.

Las trayectorias de estos tres hombres dejarían su marca en el duelo generacional de los años 20. Estaban destinados a enfrentarse ya que todos ellos eran "maestros" y líderes de juventudes. Los dos grandes adversarios, Ingenieros y Ortega, aspiraban a curar almas y a abrir mentes con su docencia psicológica, uno desde la fisiología y psicología médica, el otro desde la meditación filosófica con ingredientes de psicología intimista. Según Quintiliano Saldaña, catedrático de la Universidad de Madrid, desde la revista de Ingenieros todos los filósofos de España lo eran a base de lo psicológico con lo cual caerían Ortega y D'Ors en esta categoría. En el caso de Ingenieros con sus conocimientos de medicina y psiquiatría se le tenía un respeto sacralizado de "magíster". Se distendía hurgando en temas como la *Psicología de los celos de Don Juan*, un mito hispánico que tenía muchas cabezas, y a las que finalmente Ortega quiso estrangular o "linchar" en términos criollos.

En filosofía Ingenieros era producto del pensamiento positivista-cientificista que heredó del siglo XIX desarrollando una interpretación biológica de la evolución social, condicionando a leyes biológicas la economía, lo político, lo filosófico y la historia nacional. Ortega por su lado, en nombre de una filosofía vitalista insistía en una ruptura drástica con el siglo positivista y cientificista de sus antepasados, pregonando una nueva sensibilidad para un nuevo siglo, plataforma imprescindible para su razón vital ya iniciada en *Meditaciones del Quijote*. D'Ors era considerado entre argentinos como un seguidor en las huellas de Ortega, un representante más de la fobia hispana contra el siglo XIX y su positivismo paralizador.

Eran a su vez estos tres maestros, hondos pensadores, consumados artífices de la ironía, que se servían sarcásticamente de máscaras juguetonas para disimular la inquietud de sus espíritus siempre alertas y ávidos de captar novedades e idiosincrasias. Ingenieros en medio de su parquedad cientificista podría desarrollar una prosa ácida para hacer sangrar a la politiquería, al servilismo y la cobardía burocrática. De elevada estirpe moral e intelectual era Ingenieros el argentino más conocido en el continente de América, excepto en Estados Unidos donde no se le daba importancia más que a sus estudios de criminología y psiquiatría. Los yanquis dejaban de lado sus ensayos sociológicos porque eran considerados más de publicista que de sociólogo profesional, ensayos histórico-filosóficos de carácter popular y de interés nacional. Sin embargo la América ibérica no hacía distingo alguno en sus logros intelectuales. La admiración por Ingenieros a lo largo del continente hispano, era total. En Argenti-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

na sus libros de literatura popular sobre filosofía y sociología circulaban con éxito en todas las librerías de Buenos Aires. Cuando llegó Ortega a esta ciudad, la figura de Ingenieros se destacaba nacional e internacionalmente. De su cerebro seguían brotando obras y artículos sobre temas variadísimos adivinando las necesidades vitales de los argentinos en materia de cultura general.

Según Gregorio Bermann, joven profesor de Filosofía en Córdoba, en 1916, Ingenieros era en medio de un anarquismo atomizado por inmigraciones y la influencia hispano-indigenista, "un organizador y un disciplinador" del pensamiento argentino comparable a la pasión civilizadora de Sarmiento[6]. En un año lanzo un millón y medio de libros sobre argentinos ilustres y mediante *La evolución de la ideas argentinas* y la *Sociología argentina* contribuyó a crear una patria espiritual que le indujo a desarrollar una filosofía política dentro de una tradición "revolucionaria" que dio pie a las reflexiones críticas de Ortega en "El Ocaso de las Revoluciones", texto que tuvo un gran impacto polémico entre los jóvenes y se mantuvo a lo largo de su diálogo con lo argentinos como teoría insostenible. Antes de *El tema de nuestro tiempo*, Ingenieros había publicado su libro *Los tiempos nuevos* (1921) donde se manifestaba a favor de la revolución social soviética arrastrando a muchos jóvenes a la acción reformadora contra el capitalismo y el amarillismo del socialismo internacional.

La obra de difusión de Ingenieros acrecentó la tendencia cultural argentina hacia la sociología ya que el fenómeno social era primordial en un pueblo haciéndose nación y en un continente donde no primaba la justicia y riqueza social para todos. Su látigo satírico se ponía en marcha cuando veía estos ideales sociales amenazados tanto por la burocracia estatal, por gobernantes o por "el hombre mediocre". Este formaba parte de la psicología del "enriquecido" y del hombre público con su "máscara impasible de un Budha de feria", instalándose principescamente en casa de gobierno. Y mientras desde su juventud Ortega derribaba uno a uno los políticos ineptos de la Restauración y los endiosados valores del burgués europeo, Ingenieros castigaba al nuevo rico amanerado que los imitaba. Cada uno a su manera era reformista, y será desde este ángulo que al joven Ortega se le exige en su estadía en Buenos Aires un mayor compromiso con los cambios sociales de España y de la época.

Un joven reformista ante una España decadente

Cuando Ortega llegó a Buenos Aires en 1916 traía consigo todo el peso de una herencia hispana en decadencia que la Institución Cultural Española in-

[6] G. BERMANN, "Lo que debe a Ingenieros nuestra generación", *Nosotros*, diciembre 1925, pp. 664-676.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

tentaba revertir. Su persona era tan desconocida en Argentina como Ingenieros lo era en España. Aunque en los círculos académicos Ingenieros habría recibido un título honorífico en el Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Madrid y una o dos de sus obras habrían sido publicadas por editoriales madrileñas, sin su autorización, produciendo susceptibilidades respecto a su calidad de intelectual "indiano" interpretando la historia de España[7]. No obstante su persona no descollaba más allá de su *Revista de Filosofía*.

En esta publicación aparecían nombrados respetuosamente algunos españoles liberales de la talla de Altamira o Posada, la escuela krausista o los demócratas republicanos. De los krausistas dirá que formaron la vinculación más próxima con el positivismo de la época y "en la actualidad sería difícil señalar los limites de ambos que son el núcleo inicial de una posible filosofía científica española"[8]. En este mismo artículo "La renovación de la cultura filosófica en España", escrito a dos meses de la llegada de Ortega a Buenos Aires, el nombre de Ortega y Gasset aparece mencionado en otro sector distinto a la corriente innovadora cientificista del krausismo español. Figuraba entre algunos jóvenes universitarios quienes convencidos de no existir una tradición filosófica en España aprovechaban para introducir en el país la moda europeísta del neokantismo de Marburgo. En el análisis de Ingenieros este grupo se mantendría equidistante del escolasticismo atrasado, y del naturalismo científico muy resistido en España. Eran una generación de pensadores que profesaban aversión a las ciencias naturales y ejercían funciones morales y políticas. El comentario del director de la *Revista de Filosofía* era muy críptico: "en España dicen que es otro krausismo". Entre sus integrantes se menciona al distinguidísimo Ortega y Gasset, a García Morente, Luis de Zulueta, Domingo Barnés y otros.

A distancia, Ortega se definió en 1916 como un joven que apenas balbuceaba una filosofía personal y con pocas ideas maduradas desde la cátedra de Metafísica de la Universidad Central de Madrid. No obstante, este "mocito gallego" que desembarcaba en el Río de la Plata en compañía de Don José Ortega Munilla, más conocido por su larga trayectoria como director de *El Im-*

[7] En la revista *Nosotros* de enero 1918, p. 139, sección "Notas y Comentarios", el valenciano Rafael VEHILS conectado con el mundo editorial cita de la *Revista de Filosofía*, marzo 1916, el texto de Ingenieros a los españoles que cree oportuno dar a conocer. Aparentemente la Colección Cervantes habría publicado en un volumen de *Ensayos filosóficos* la serie de Ingenieros sobre *La cultura filosófica de España*. En la Península no se estimó acertada su visión del medievalismo español y otros puntos controvertidos, despertando una respuesta tajante de Ingenieros que consideró la publicación de su trabajo sin su permiso una aventura de corte picaresco, una porquería que no debía repetirse.

[8] J. INGENIEROS, "La renovación de la cultura filosófica española", *Revista de Filosofía*, julio 1916, p. 119.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

parcial y honrado como académico de letras, aunque un poco a la sombra de su padre, aparecía como la gran esperanza científica de la comunidad española. Era una nueva generación de españoles innovadores que por medio de la Institución Cultural Española y de su colectividad, llegaba a Buenos Aires para demostrarle a los argentinos que era posible tener ciencia en España y que nuevos aires comenzaban a soplar desde la Madre Patria.

El trauma sobre la decadencia española, como la describiría Ortega en 1914 en sus conferencias político-pedagógicas, con su progresivo derrumbamiento de valores, su parálisis científica y su política de rencores, se vivía intensamente desde América. Esta misma España dolorida y triste que el joven Ortega sentía hondamente en *Meditaciones del Quijote*, la llevaba impresa con amargura y desesperación, la gran colonia española que durante años habría padecido en carne propia y en detrimento de su imagen el impacto del problema español.

En 1916, realizando un nuevo proyecto y poniendo finalmente en marcha un soñado intercambio cultural y científico, la colectividad invitaba a los Ortega, sobre todo al joven filósofo, para insuflar un poco de esperanza. Cansada por años de lucha con la Península deseaba revertir la imagen negativa que se tenía de España entre los americanos del Sur. En Argentina el hombre medianamente culto, y los círculos intelectuales de la Universidad, miraban hacia el resto de Europa y hacia Norte América para nutrirse de ciencia y cultura. Poco o nada tenía que ofrecer la ciencia española que además arrastraba en las crónicas literarias decimonónicas una celebre polémica sobre la ciencia española donde se ponía en evidencia el atraso cultural español y su parálisis política y comercial. Las palabras de Masson en 1784 recomendando la emancipación de las colonias de un pueblo de haraganes, clérigos absolutistas y políticos que ni siquiera sabían aprovechar sus riquezas naturales para comerciar con las Américas, se habría vuelto una realidad emancipadora americana. Esta misma acusación estaría implícita en las conferencias de Francisco Grandmontagne en Bilbao y Barcelona en 1904 financiadas por el diario *La Prensa* y por La Patriótica Española. Será en esa misma ciudad de Bilbao que Ortega en 1910 desde la Sociedad El Sitio hará un urgente llamado a las jóvenes generaciones de España para recobrar la perdida vitalidad nacional.

Ingenieros desde su *Revista de Filosofía* al analizar "La cultura filosófica en la España teocrática" no hacía más que alentar la versión de la España negra que excluía a los españoles científicamente del resto de Europa. Se publicó el artículo en el número de julio del 16, posiblemente el que estaría leyendo Ortega en la recepción del Hotel España cuando lo entrevista el periodista José Gabriel. En los dos artículos donde se juzga la cultura filosófica española, insistirá Ingenieros en que la falta de filosofía en la América hispana se debía

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

precisamente a que España no tenía filósofos ni filosofía, más allá de Luis Vives que vivió en el exilio por no poder soportar la opresión interna de la España de Suárez. España, según opinaba Ingenieros, permaneció durante siglos "ajena al renacimiento científico y literario de Europa"[9].

Descontando genios como Cervantes, Velázquez y Calderón, Ingenieros, como muchos otros intelectuales argentinos consideraba al resto de la creatividad española como envuelta en decadencia. Palabra que Ortega cuestionaba porque no le parecía adecuada para definir el atraso español. El siglo XIX era para Ingenieros tan desalentador como los anteriores. La imposición teológica escolástica, como en el siglo de Oro, seguía latente en centros universitarios. En medio de tanta bruma únicamente la ilustración de Carlos III parecía haber indicado un progreso liberal. Rescata Ingenieros de la modernidad ciertos espíritus reformistas como los krausistas, Giner de los Ríos, Luis Araquistáin, los republicanos Salmerón, Castelar, Pi y Margall, Fernando y Federico de Castro, Altamira, el reducido grupo de profesores de Oviedo, Unamuno, Ganivet y la escuela catalanista de D'Ors. Todos ellos eran como chispas aisladas en medio de una gran parálisis intelectual. La personalidad científica más notoria era Ramón y Cajal, hombre de ciencias de la naturaleza al que contrasta con Menéndez Pelayo quien representaba la "ciencia de papel" descartable. Esta comparación sin duda tenía como objeto desvirtuar la cátedra de Menéndez Pelayo recientemente fundada por la Cultural en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en el mismo recinto universitario donde ejercía Ingenieros. Cabe advertir que Don Marcelino, para este sector positivista laicista, representaba lo peor de la España teocrática e inquisitorial.

Esta concepción de la historia de España donde el gran mito de la Inquisición era el cuco histórico de tanta decadencia heredada, la arrastraba como gran complejo de inferioridad la colectividad española. No sería por casualidad que ante la fundación de la Cultural para revertir esta imagen de la España negra, se pusieran en marcha los celos de los que como Ingenieros insistían en su supervivencia. A Ortega no se le podría escapar esta concepción histórica americanista que salpicaba de intolerancia y de asfixia intelectual a la historia de la filosofía en su sociedad y en la institución donde él enseñaba. De estos mismos números de la *Revista de Filosofía* palparía Ortega el arraigo al cientificismo y positivismo del claustro universitario y de la sociedad pensante porteña como el único patrón de vida existente. El positivismo de Ingenieros recorría como cordón umbilical todos las disciplinas y los artículos de la *Revista de Filosofía*, coloreando la Pedagogía, la Psicología, el Derecho Penal, la Sociología, la His-

[9] J. INGENIEROS, "La cultura teosófica en la España teocrática", *Revista de Filosofía*, julio 1916, p.110.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

toria y las preferencias literarias de esta publicación. No sorprende que el joven catedrático de Madrid arremetiera con tanta insistencia durante años contra esta mentalidad enquistada en los círculos académicos porteños y de provincias.

Los Ortega llegaban a Argentina con expectativas puestas sobre el joven catedrático que ocuparía la cátedra de la Cultural en la Universidad de Buenos Aires. Avelino Gutiérrez presentó a Ortega y Gasset ante el claustro académico y la sociedad porteña como perteneciendo a una brillante generación de jóvenes intelectuales llenos de bríos y afanes de progreso "que refuerzan la cadena debilitada pero no rota, del avance y mejora de nuestra nacionalidad"[10]. Esta generación reformadora forjaría una nueva patria modernizándola de acuerdo a los nuevos tiempos y necesidades sociales. Con su temperamento mediterráneo y su decir apasionado y luminoso Avelino Gutiérrez presagia que el éxito de este joven llevaría a España camino a la recuperación de su ciencia y prosperidad europea. Eran tiempos de guerra, con lo cual esta bienvenida se tornaba en un verdadero desafío donde se jugaba el prestigio no solo del flamante profesor sino de toda la colectividad que ponía sus esperanzas en esta generación innovadora y audaz.

Aunque Ortega alegaba que habría llegado a Buenos Aires con pocas ideas existía ya en su currículum un bagaje de ideales reformistas que un sector de la inteligencia argentina rápidamente supo detectar y utilizar como argumento crítico. Muy pronto, al comienzo de las conferencias de la Cultural, desde el sector positivista, se puso a prueba al joven pensador y al gran esfuerzo cultural y científico de la Cultural. En este primer viaje el mensaje reformista de Ortega se encontraba fatídicamente unido al prestigio de la colectividad española que con gran esfuerzo económico ponía en marcha un nuevo proyecto de intercambio científico entre la Argentina y la Madre Patria.

Según los *Anales* muy poco se sabía de este joven profesor en la colectividad que le financiaba el viaje. Cuando llegó a Argentina no era conocido del gran público, pero sí de esa vanguardia de lectores que poseen la intuición de los talentos nuevos y de los libros que van a marcar una fecha en los anales de la cultura. Comentando que cuanto salía de las manos de Ortega eran impresos en publicaciones en las revistas madrileñas, y otro tanto en el periódico familiar *El Imparcial*, la obra se podría resumir en "instantáneas literarias" o notas pasajeras que serían fragmentos de futuros libros. Su celebre discurso en Madrid sobre "Vieja y nueva política" era una síntesis de artículos que ya circulaban en revistas locales de poco acceso al público argentino. Pero aclara el redactor de los *Anales* que más densa y apretada era la sustancia que aparecía en *Meditacio-*

[10] *Anales*, tomo I, p. 157.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

nes del Quijote. Este era un libro "principal", nueva interpretación original del Quijote que ya anticipaba ideas y métodos que más adelante serían admitidos en círculos europeos[11].

En la revista *Nosotros*, desde el sector intelectual argentino, Juan Rómulo Fernández en un artículo "Apuntes sobre Ortega y Gasset", sin restarle importancia a este "embajador del pensamiento español", admite que en el "cenáculo de los mineros del cerebro" de la *city* porteña, no era mucho lo que se sabía de Ortega porque la difusión de sus libros no era grande y algunos de reciente data. Y agrega un detalle siempre a tenerse en cuenta en estos ambientes cientificistas: "su oriundez, no nos decía mucho... es tan difícil que un hispano pase de doce quilates en ciencias"[12]. Después de oírlo la opinión general cambiará quedándose con la impresión de que su docencia habría emanado como una ciencia general del amor donde se repetía el milagro de las lenguas, cada uno lo entendía en la suya y a su manera.

Meditaciones del Quijote, *Personas, obras y cosas*, y las páginas del primer tomo de *El Espectador* era el material disponible a los selectos lectores de la revista *Nosotros*. Con la llegada del flamante profesor hicieron un esfuerzo para ponerse al día con sus escritos más críticos. Y nadie menos dispuesto a que se alterara la tradicional imagen de la España decadente que la inteligencia afrancesada de *Nosotros*. La visión de este sector sería distinta a la que elaboraba la colectividad española, que llevaba ya años de autocrítica y de esfuerzos por superar la crisis española. Los argentinos ilustres le exigían a la Madre Patria un rol de liderazgo espiritual y literario a la altura del resto de Europa, y sobre todo le recriminaban su falta de democracia alegando pasados oscurantistas de intolerancia política y religiosa. La colectividad pedía una urgente modernización para estar a la par de otras colectividades europeas y poder eficientemente competir con ellas en el comercio y cultura argentina. El mensaje regeneracionista de Ortega debía satisfacer las expectativas de unos y otros por igual. Pero ambos recurrían al Ortega reformador de la política española más que al filósofo para llevar a cabo este esfuerzo.

De todo el material disponible para aquilatar la talla intelectual del debutante, los argentinos entendieron que tenían delante el alma de un joven que como dejaría dicho Álvaro Lafinur en su discurso de bienvenida en el banquete de *Nosotros*, prometía ser un gran innovador del pensamiento español. Cuando en nombre de la revista *Nosotros* le da la bienvenida, Lafinur le dice: "Vos, Don José Ortega y Gasset, sois el pensador nuevo, llegado en la hora precisa, que, contemplando con lucidez insuperable el problema de vuestro pueblo, prepa-

[11] *Ibid*, p. 151.

[12] R. FERNÁNDEZ, "Apuntes sobre Ortega y Gasset", *Nosotros*, enero 1917, p. 25.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ráis –un buen obrero clarividente y enérgico– el advenimiento de la era futura, y amontonáis el tesoro de ideas que han de nutrir a las generaciones de la patria reedificada"[13]. Y menciona a otros españoles que también sentían idéntica sensibilidad ante la actualidad española, Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu y Pérez de Ayala.

El haber estudiado en Alemania le otorgaba a este visitante una cierta aureola de autoridad en cuestiones filosóficas, pero como anticiparía Lafinur no estarían los argentinos, sobre todo los discípulos de Ingenieros, dispuestos a ver suplantada su filosofía experimentalista, sus apetencias psicoanalíticas o su estilo de vida utilitarista por una vaporosa propuesta vitalista. Si Lafinur había ojeado con detenimiento sus ensayos, como alega en este discurso, no le pasaría desapercibida la sistemática campaña del joven Ortega contra el positivismo darwinista declarándolo fenómeno decimonónico rezagado. Antes de ser formulado en sus conferencias de la Cultural aparecía en sus escritos bien marcada esta tendencia. Lafinur que ya habría estado presente en la conferencia inaugural lo sitúa al joven catedrático en filosofía como un neokantiano que pugna contra las corrientes positivistas del siglo XIX. Pero todavía es prudente respecto a catalogar la trascendencia de su docencia filosófica a futuro.

No olvida Lafinur que Ortega estaría anexado a la colectividad española, una colonia tan llena de susceptibilidades que se hacía difícil moverse en estos círculos sin toparse con el nefasto orgullo hispano. Con lo cual le venía de mil maravillas citar de las *Meditaciones del Quijote* los mensajes orteguianos de amor para deshacer odios enquistados y superar rencores del pasado. Después de haber leído sus libros y de oírlo en la cátedra Lafinur lo declara verdadero "filósofo ciudadano", de patriotismo austero y concentrado, sin la soberbia del patrioterismo huero de otras celebridades. Destaca la propia definición de Ortega para presentarlo ante la inteligencia argentina como hombre nada moderno y muy del siglo XX, frase que con los años Ortega rechazara de presuntuosa, pero que en aquel entonces formaba parte de su "ethos" personal.

El profesor Alberto Palcos, que adquiriría gran notoriedad por su confrontación con Ortega, en la revista *Nosotros* aludía precisamente al doble aspecto de español y hombre universal que veía en Ortega. Lo encuentra investigador filosófico con curiosidad receptiva e imparcialidad mental y lo califica de artesano infatigable de la España venidera. Como intelectual europeo pasa a ser máximo representante de la cultura contemporánea. Pero lo que se mantiene en alta estima es la acción docente de Ortega, su pedagogía social que combate el individualismo disociador en busca de otras fuerzas que puedan aunar a España. Lafinur tampoco dejará pasar este perfil de acción pedagógica y política del jo-

[13] "La Demostración de *Nosotros* ", *Nosotros*, agosto 1916, p. 245.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ven Ortega, pero según Palcos durante su visita parecía no tener libre expresión para ampliar sus ideales. El lo atribuía a la "mordaza" puesta por la Cultural.

Para poder llegar al fondo de las reacciones de los intelectuales porteños hacia Ortega, muchos de ellos discípulos o admiradores de la popular obra de Ingenieros, habría que retomar aspectos salientes de las teorías y sentimientos orteguianos respecto al siglo XIX, y a la Europa en crisis que también se vivía intensamente desde América. Desde Argentina se auspiciaba una revisión de los valores tradicionales en el mundo en general, y a España, tristemente inmersa en "particularismos" desintegradores, no se la veía fácilmente saliendo de su postración. En tiempos en que Ortega viajó a Buenos Aires, se podría evidenciar de sus mismos ensayos, que su país estaba empobrecido, desmembrada la sociedad, sin impulso intelectual, sin vitalismo regenerador o creador. Era la misma España que padecía la colectividad de Argentina dentro "del alma española" de Ultramar. Y era esta misma nación problemática la que Lafinur hacía votos para que este joven filósofo que tenía el talento de "cura de almas", con la fecundidad del esfuerzo y la grave responsabilidad que le pesaba como generación regeneradora, pudiera con su pensamiento acusador y vital, transformarla en una nueva España democrática abierta para todos.

El joven Ortega entre el ideal y la acción reformista

Predecesores de Ortega como Adolfo Posada o Rafael Altamira habrían –a su manera y desde la revista *España* de la Patriótica Española de Buenos Aires, fundada y dirigida por una mente brillante del krausismo, Antonio Atienza y Medrano– intentado revertir la imagen de España ante la sociedad argentina. En esta misma revista editada en Buenos Aires desde 1903, Altamira comentaba las audaces propuestas sobre la necesidad de reformar el liberalismo español más allá de las estructuras partidistas de un joven escritor, aludiendo a Ortega, que ya se destacaba en el periodismo madrileño[14]. El propio Ortega en "Hombres e ideas" recordará que este artículo que llamó la atención de Altamira estaría referido a otro protagonista de la saga argentina, Ramiro de Maeztu, con quien discutía en aquel entonces sobre "La reforma liberal". Contenía este artículo su teoría fundamental de que las ideas no andan solas, que estas existen antes que las ideas políticas. El joven argumentaba –contra las insinuaciones de que sus ideas no eran sistemáticas– que las ideas políticas y científicas no se hacían solo en libros donde están quietas, sino que se vuelven emociones, afectos o pasiones que incitan a mover los músculos.

[14] R. ALTAMIRA, "Faro", *España* (de la Asociación Patriótica Española), 12 de abril de 1908, nº. 230, pp. 245-247.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Ortega desde entonces comenzaba a ser visto como el gran defensor de un idealismo político, algo que las nuevas generaciones argentinas recibirán como gran inspiración orteguiana bajo el elástico paraguas de una nueva sensibilidad. Con lo cual, aquellos que insidiosamente querrían arrimarle al "pragmatismo" utilitario en materia política, abdicando del ideal –como lo intentaron los que seguían a Ingenieros– recibirán las fulminantes reprimendas del maduro filósofo que dialoga con las nuevas generaciones argentinas en una cuidadosa docencia de prudencia filosófica donde valían más las ideas que las utilidades.

Desde 1910 cuando Ortega se hace cargo de la cátedra de Metafísica de la Central, quedaba claro que sus pretensiones de conseguir tallar en el alma española "algunas facetas nuevas de sensibilidad ideal", se ponían en marcha a varios niveles fuera del recinto académico. Escribe libros, artículos, da conferencias y se suscribe a un partido político, el Socialista. Desde estas plataformas inicia una campaña ideológica para lograr "el ímpetu de comprender las cosas sin odios y con amor". La necesidad de crear una nueva sensibilidad en un comienzo era un empuje interno, reformar el alma española consiguiendo emanciparla de la sociedad anquilosada victoriana.

La prioridad era cortar radicalmente con la Restauración, sistema político caduco, aun para las colonias de Argentina que anhelaban aire fresco desde la península. En este paquete rupturista a nivel político y social estarían incluidos los grandes partidos liberales con su fórmula ya desgastada. Quedaba también aliento para rechazar las estériles polémicas entre krausistas, institucionistas, tradicionalistas y progresistas que en el sentir de Ortega habrían insumido tanto esfuerzo intelectual inútil.

Otra preocupación urgente era la reforma del sistema educativo, que incluía el universitario, para los españoles de Argentina tan pobre que no se podía organizar intercambios estudiantiles con los americanos. Con el catolicismo que aniquila toda alegría y pulveriza el pensamiento de vanguardia pocos en la América laicista querían tener tratos. Hasta la cuestión marroquí que ponía al rojo vivo la ineptitud española en materia internacional, era vivida por la colonia española como otro desastre de la política exterior española. Y no era un tema indiferente para el español residente que donaba su dinero para la guerra marroquí y desde una ciudad donde se reclutaba gente en defensa de los últimos restos del imperio español. Es en este contexto que aparecen artículos de Ortega sobre la cuestión marroquí en el diario *La Prensa* de Buenos Aires en 1911, donde se hace una dura crítica al gobierno español y se pide seriedad en esta materia[15].

[15] El Dr. G. ANCAROLA recoge este artículo de Ortega inédito del diario *La Prensa* en los *Cuadernos Orteguianos* del Instituto Ortega y Gasset de Buenos Aires, 1 (1999).

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

En la colectividad no quedaba piedra sin dar vuelta en cuanto a las deficiencias de la Madre Patria. La decadencia española era un lastre tan pesado en la conciencia colectiva, que no desaparecía de sus publicaciones diarias. En Ortega se manifiesta como un instinto de azotar duramente a la España "oficial" divorciada de la España "vital", donde fluían las auténticas energías nacionales. Y en esta España vital estarían las colectividades de América. Este fue quizás uno de los grandes agravios de las colectividades de Argentina hacia la Madre Patria, sentir la inoperancia e impotencia de la España gubernamental, que se expresaba en gestos insultantes contra el indiano y los comerciantes de Ultramar. Por esto mismo Ortega a su llegada a Buenos Aires insistirá en apartarse de toda oficialidad y representación diplomática.

Al toparse Ortega con estas dos Españas, la vital y la oficial, necesariamente debe inmiscuirse con la política. Desde allí comenzará su campaña por cambiar los hábitos políticos, la cerrazón mental de su gente desafiando primero la transformación del individuo antes que la del Estado. Y en 1914 adquiere un primer compromiso adhiriéndose a la Liga para la Educación Política Española. En artículos críticos desde *El Imparcial* pone en marcha un ideario para reformar la educación, la vieja política, la situación de la mujer, el problema militar, la España oficial que comprende el clero, la monarquía y los políticos, la cuestión social rural y urbana, etc. Ortega aspiraba a que su generación fuese propulsora de un gran cambio para vertebrar una nación dividida en regionalismos particularistas, para ponerla en pie con buena salud y vitalidad. Desde el teatro la Comedia pone en marcha su mensaje sobre "Vieja y nueva política" estructurando un programa de reformas en nombre de la Liga. Se queja en esta etapa de su vida que los políticos y burócratas se desentienden de las necesidades de las muchedumbres, y que el Estado es un mero esqueleto, un elefante sin eficacia y agilidad. Por este motivo opina que las nuevas generaciones no entran en política porque desde el oficialismo nadie representa sus usos y costumbres o su vocabulario. En 1914 Ortega es contundente "la España oficial esta muerta". Periódicos, universidades, academias, ateneos, ministerios, el ejército, todo debe renovarse y hasta se debería rescribir la historia de la nación.

Cuando la Gran Guerra estalló en el 14, Ortega tenía treintaiún años. Habría dejado detrás muchos de sus tanteos estudiantiles, y militaba dentro de un reformismo de clase media profesional bien visto por intelectuales argentinos de vanguardia. A la hora de apostar por lo más vital de la sociedad consideraba que las potencias de modernidad se hallaban en el Partido Socialista y en el movimiento sindical. Para toda esta generación de profesionales reformistas, algunos escribiendo asiduamente en diarios argentinos o en revistas de la colectividad, el desastre de España pasaba por la incultura y el atraso científico.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

La *intelligentsia* española exigía transformaciones radicales para quitarse la etiqueta de raza ingobernable, prioridad que también era primordial para los españoles radicados en Argentina.

En medio de este ambicioso programa de innovaciones rupturistas en su mayoría disperso en artículos de prensa, día a día se reforzaba en el joven filósofo la necesidad de poner todos sus esfuerzos bajo el paraguas de una nueva sensibilidad, que ya no era solamente receta para españoles sino un medio de transformar el mundo occidental en crisis. La Guerra le ponía por delante un escenario más patético, nada menos que el fracaso de todo un modelo de civilización occidental. Todavía no habría publicado Spengler su *Decadencia de Occidente* cuando este joven acechaba en contra de los valores de una burguesía capitalista, materialista en sus hábitos, positivista y utilitarista en su definición del progreso, cientificista en su falsa seguridad tecnológica. El peso del siglo XIX no era ya una cuestión nacional sino una forma de vida burguesa que habría colapsado para occidente, y esto ya aparecía en sus *Meditaciones del Quijote* donde la filosofía se vuelve una ciencia general del amor para contrarrestar la inmoralidad utilitaria. Contra las soluciones dogmáticas y calculadoras de la ciencia occidental, esa ciencia que solo acumula hechos, él proponía una filosofía vital, donde las emociones, los deseos, el placer y hasta las cosas nimias e íntimas enriquecían y abrían la conciencia más allá de la librea tradicional.

En las *Meditaciones del Quijote*, Ortega confrontará tanto la España pesimista del 98, sacralizada por los progresistas argentinos, como la tradicionalista neocatólica enquistada en la provincia de Córdoba y centro de las críticas de Ingenieros hacia la España teocrática. Para Ortega eran ambas productos del mismo siglo envejecido. En estas obras estaría la respuesta más explícita de Ortega a la celebre polémica de la ciencia española, con su hilo conductor hacia la decadencia científica de su país ante Europa. Siempre sostuvo Ortega que "solo mirada desde Europa es posible España" y en este contexto se enreda en una polémica con un escritor muy conocido y respetado en Argentina, Miguel de Unamuno.

Para Ortega hacer ciencia, hacer nación, o crear patria era una misma cosa, y pone reparos hacia los nacionalismos regionalistas todavía vigentes en las colectividades de América. A Unamuno Ortega le responde que no era cuestión de afrancesarse o volverse anglófilo o germanizarse, solo deseaba ser español celtíbero, pero sin exotismos quijotescos, sin extranjerismos de moda y unidos a lo universal por lo europeo. Pero el dilema, al llegar a Buenos Aires, pasaba por el colapso del viejo continente sentido desde América como el derrumbe de una civilización desgastada que renacía en las costas del nuevo continente. Existía ya la leve conciencia, reforzada por la Guerra, de que América y no Europa era el porvenir, que el futuro estaría apostando a la americanización de Europa.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Es desde esta perspectiva que Ortega sutilmente en su docencia con los argentinos deberá conservar los fueros europeístas, admitiendo a su vez el latente resurgir de una nueva vida americana. De este estado de conciencia surgirá en Ortega su teoría de una vida ascendente y otra descendente, y en este diagrama de vida estarían bien posicionadas las criollas porteñas. Ellas serían el motor de una nueva sensibilidad compartida por los jóvenes, quienes dentro de una sociedad porosa de inmigrantes estaban dispuestos al cambio. Ortega encontró un país que asimilaba nacionalidades diversas, incluyendo la española, con pasmosa celeridad. Pero necesitaban nuevas pautas, un Estado que organice y controle el aluvión inmigratorio. Y para este propósito nuevas generaciones argentinas ansiosas de recambio generacional estarían dispuestas a recibir el mensaje alentador de una nueva sensibilidad. A los jóvenes estudiantes, a las mujeres criollas de rostros maravillados, a los graves académicos y a la colectividad española asociada a la Cultural, a todos ellos les proponía la ruptura radical con un siglo cínico, seguro de sí mismo y asfixiante de aburguesamiento y materialismo técnico. Es en este contexto que hay que interpretar el anticientificismo inicial del joven Ortega, que todavía arrastraba en su bagaje ideológico en el viaje del 16.

Estos sentimientos de rebeldía generacional encontraron eco en dos sectores de la sociedad argentina, el del mundo aristocrático femenino y entre los jóvenes argentinos. Con estos últimos, inicia un liderazgo docente que le disputará al sector del positivismo universitario regenteado por Ingenieros, su cetro filosófico. Su adversario más visible, el profesor Alberto Palcos encargado de las reseñas filosóficas de la revista *Nosotros*, apelará para desprestigiar este impulso avasallador contra el positivismo reinante. Al Ortega reformista, inspirador de juventudes, se le respetaba por su impulso regeneracionista pero no al que intentaba marcar un cambio de rumbo ideológico alimentando una conducta anticientificista o un elitismo enervante y neutral. Molestaba a muchos intelectuales universitarios el que Ortega no se jugara en cuestiones de compromisos políticos concretos, sobre todo en la confrontación entre aliados y germanófilos.

Con altura Ortega elude estas ofensivas de Alberto Palcos durante el transcurso de las conferencias de la Cultural. Algunos ataques tenían una mezcla de orgullo herido profesional, hispanofobia heredada o resentimiento antigermanófilo partidista. Concentrando sus impulsos innovadores más bien en la aventura erótica le saldrán críticos que se oponen como el profesor Bermann a tanto sensualismo decadente. Lo cierto es que durante su estadía porteña Ortega inicia amistades femeninas hondas, que luego desembocarán en una serie de reflexiones sobre la cultura del amor donde también se despachará contra las convenciones decimonónicas opresivas.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Es en esta zona de los sentimientos donde la mujer argentina adquirirá una dimensión muy importante en temas que ya se ventilaban en la filosofía moderna, como la relación de los sexos, la elegancia, la mujer, su alma y su cuerpo, y el lugar de lo femenino en la sociedad de la postguerra. En la revista *Nosotros* y en la *Revista de Filosofía* de Ingenieros se ventilaban temas filosóficos sobre el amor citando a autores que Ortega incluiría en su "Cultura del amor" como Stendhal o Scheler. En sus panfletos populares el propio Ingenieros habría publicado un tratado de lo más árido y poco estimulante sobre El Amor, que poco podría inspirar al lector común y mucho menos transmitirle estímulos eroticistas como lograría Ortega en sus diálogos con la Gioconda Austral. Pero lo cierto es que este era un tema que incitaba los nervios psíquicos de argentinos y españoles como Ortega, dispuesto a poner en el centro de su nueva sensibilidad reformista, el tema erótico femenino, esa nueva higiene del cuerpo y el alma que incita a liderar desde Argentina a Victoria Ocampo.

Un nuevo patriotismo

En otro orden de cosas, desde las *Meditaciones del Quijote* que contenían una cultura del amor implícita, aparece el primer intento orteguiano de analizar la cuestión del patriotismo que ya habría aparecido en periódicos y revistas de España. Ortega en ciertos ensayos habría desmenuzado a fondo ciertos tipos de patriotismo activo o confortable, de tradición hispana, o como conciencia imperialista. Lo que era ser español, recaía en modos de vida étnica, hispana mediterránea, de rasgos y costumbres que hacen a las "intimidades" de una nación. Muchas de estas cuestiones seguían siendo primordiales para las colectividades españolas de Buenos Aires, ese otro público que Ortega inexorablemente verá evolucionar hacia la completa argentinización. Pero también era un tema que interesaba al sector intelectual argentino, siempre dispuesto a evaluar sus lazos nacionales y culturales con la América del Norte y Europa abrazando o negando a la Madre Patria midiéndose con ella con el parámetro del progreso y la democracia nacional. Esta veta crítica aparecerá sostenidamente en la *Revista de Filosofía*, y en *Nosotros* las dos publicaciones que Ortega tomaría en cuenta durante su primera estadía.

En *Meditaciones del Quijote* Ortega ya habría lanzado sus teorías "mediterráneas" sobre el componente hispánico, pero sin medir los latidos de la raza del otro lado del Atlántico. Las *Meditaciones,* aunque abren el debate hacia la existencia de una raza hispana, la respuesta era todavía interna, europeísta, ofreciéndole a los españoles una nueva manera "cervantina" de acercarse a las cosas, mensaje que retomarían rápidamente los jóvenes españoles camino a ser argentinos. Pero esta a su vez contenía la dolorosa ruptura con las raíces de un

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

pasado al que muchos, con gran dosis de romanticismo afectivo se aferraban para no perder identidad. Esa frase orteguiana de "un mirar la patria como la condensación del pasado y como el conjunto de las cosas gratas que el presente de la tierra nos ofrece", mencionando específicamente, "Las glorias más o menos legendarias de nuestra raza en tiempos pretéritos, la belleza del cielo, el garbo de las mujeres, la chispa de los hombres que hallamos en torno nuestro, la densidad transparente de los vinos jerezanos, la ubérrima florescencia de las huertas levantinas, la capacidad de hacer milagros... en el pilar de la Virgen aragonesa, etc.", son las que efectivamente componían esa masa de realidades, más o menos presuntas, que como indicaba Ortega, era para muchos residentes españoles de América, la patria lejana.

Nadie más apropiado que Ortega para definir esos confusos sentimientos de las colectividades que desde la noción "Patria" se aglomeraban en el subconsciente nostálgico de las instituciones españolas. Evidenció cómo estas se aferraban a sus juegos florales, fiestas patronales y a sus compañías teatrales. Desde el Orfeón Español se gozaba románticamente como desde su paisaje lejano, todo lo que sentimentalmente cohabitaba bajo el lema del "todo por la patria". Éste era el emblema sacro de la Asociación Patriótica Española desde donde se llevaron a cabo muchas "vindicaciones y reivindicaciones" del orgullo nacional hispano. Pero no era patriotismo inactivo o meramente idealizado. Desde los múltiples centros españoles se practicaba un patriotismo crítico, que pugnaba para no desaparecer del mapa. A ellos les pertenecía ese patriotismo recio que era crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos en otros continentes. Los criollos en cambio, imbuidos del espíritu de emancipación liberal, le refregaban a la Madre Patria un pasado imperialista e inquisitorial que molestaba a las colectividades a quienes se les recordaba en tono de insulto democrático la emancipación americana, libre del supuesto yugo español. Esta era sin duda la postura historicista de José Ingenieros.

Lo cierto es que en estos ambientes de ideología revuelta, la conciencia psíquica de todos estos grupos receptivos a la palabra de Ortega se convertía como comentaba el joven argentino de *Nosotros*, en una torre de babel donde cada uno interpretaba su propia lengua y arrimaba la nueva sensibilidad hacia sus aspiraciones personales o grupales. No obstante el mensaje de abrir el alma para transformar la humana preocupación llena de odios tradicionales, para emprender una nueva fusión de las cosas con el espíritu y lo universal, sonaba a patriotismo sobrio a los oídos de reformistas criollos e hispano adherentes. La noción de que el amor liga a las cosas, a la patria, la ciencia y la mujer, se incorporaría rápidamente dentro del vitalismo americano al introducir el tema del novecentismo en la conferencia de *Nosotros*. Esta nueva sensibilidad ya habría adquirido un tono universal, nada localista y muy modernizador, inten-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

tando rendir frutos en un efímero Colegio Novencentista de Buenos Aires que no tuvo más norte ni dirección que el impulso a renovarse bajo el llamado de rebeldía antipositivista trazado por Ortega y que luego intentó sobrevivir bajo el novecentismo catalán de D'Ors.

El positivismo rezagado

Varios puntos del espectro ideológico orteguiano como su perspectivismo filosófico cultural, el salvarse dentro de las circunstancias, el impresionismo latino mediterráneo, el arte y cultura vital, un patriotismo sano que estimule posibilidades y la espontaneidad, todas estas "inquietudes" que circulaban por la mente del autor de las *Meditaciones del Quijote* tendrían una beneficiosa resonancia en las nuevas generaciones argentinas. Pero había aspectos que también despertaron resentimientos profundos. Ortega es implacable en sus críticas hacia la democracia liberal y estilo de vida burguesa decimonónica. Le censura su romanticismo pernicioso, el arte y literatura convencional, el positivismo y realismo de "hechos solo hechos" y no de ideas. A Ortega le resultaban repugnantes las bocanadas de pesimismo que cabalgan del siglo anterior, de viejas generaciones hacia los jóvenes del siglo XX.

En la última sección de *Meditaciones del Quijote*, Ortega escribe sobre Flaubert, Cervantes, Darwin, volviéndose muy duro con el determinismo darwinista que habrían conquistado no solo las ciencias naturales y la biología, también la concepción social del hombre aprisionando lo vital del ser humano a lo fisiológico. En este contexto, dice Ortega, "La vida, desciende a no más que materia. La Fisiología a mecánica". El "medio" es lo que se impone y no quien se mueva en él. En este universo las acciones no pasan de ser reacciones mecánicas, no tienen ni libertad, ni originalidad. El vivir para adaptarse a un medio, al mero contorno material de ese medio, era para Ortega como desalojar las almas de sí mismas. Adaptación, la palabra darwinista clave para sus teorías evolucionistas, era sumisión y renuncia, por eso Darwin "barre los héroes de sobre el haz de la tierra".

Este darwinismo visceral que se traducía en la novela en naturalismo biológico y en el arte en verosimilitud realista, en la opinión de Ortega degeneraba en una asfixia fisiológica insoportable. En los medios intelectuales argentinos, Ortega encontrará este mismo fenómeno opresivo impregnándolo todo, incluso un estilo de vida nacional. Como comentaría Gabriel S. Moreau, al describir la obra histórica social de Ingenieros: "El positivismo en auge desde mediados del pasado siglo, informó todas las actividades culturales y hasta la historia quedó sometida a su imperio. Los cultivadores de esta ciencia o forma literaria siguieron por esa senda filosófica dando obras que los inmortalizaron.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Taine, Renan, Draper, Sorel, Leckuy, Buckle, Stephen y otros pertenecen al positivismo, es decir, interpretaron los hechos o fenómenos históricos, como lo establecía el método de esa filosofía, que había descubierto o fundado la sociología para estudiarlo científicamente. El positivismo en historia, no el comtismo, es solo una nueva metodología que tiene por fin transformar la historia de género literario, en una ciencia. Las ideas interpretativas de los hechos históricos, o historicismo de Ingenieros están dentro de esa corriente filosófica contemporánea que tanto ha hecho progresar todos los ramos del saber humano"[16]. Será precisamente en esta dirección, contraria al positivismo biológico de Ingenieros, que Ortega desarrollará desde *La Nación* un nuevo tipo de historicismo etnológico-cultural desnudando las falencias del poderoso positivismo argentino que lo invadía todo, incluso esos dos polos opuestos que eran la economía y la filosofía.

Historicismo americanista

Dentro del historicismo evolucionista que Ortega denunció desde el diario *La Nación* en 1923 como ineficaz, se encontraba Ingenieros desarrollando una sociología nacional. Ortega alegaba que el positivismo biológico no podía ser la medida de una identidad racial americana interpretando la historia solamente desde la perspectiva y estadísticas de la inmigración masificada. Ingenieros intentará explicar las luchas económicas y de clases de su país elaborando su propia versión de una psicología social revolucionaria de tono muy distinto al intimismo reflexivo orteguiano que no cree en revoluciones. La visión de Ingenieros era la de un argentino hijo de inmigrantes que repensaba la intrahistoria de esta joven nación con criterio positivista y de acción social más comprometida. Ortega como extranjero tomaría otro rumbo crítico insinuando nuevos horizontes históricos que incorporaban a indo América, al colono, a diversas tandas de inmigración racial que conducirían al hombre factoría periférico conviviendo en un Estado rígido de vocación imperial.

Desde *El Espectador* Ortega venía proponiendo alternativas al determinismo histórico y sus aspiraciones biológicas ofreciendo versiones donde los actos de un pueblo consistían en su ideario, en la historia íntima. Argumentaba que una raza era una forma de pensar y aclaraba que no se refería a su pensamiento científico, a las creaciones estéticas, o jurídicas, sino a lo andado, a lo que se ve en las calles y las plazuelas. La expresión germinal, la atmósfera mítica, los mitos, adquieren formas concretas en las leyes y las ciencias o artes. Estos temas cabalgarán hacia el texto orteguiano de *Las Atlántidas*, donde América del Sur,

[16] G. S. MOREAU, "La obra histórica de José Ingenieros", *Nosotros*, diciembre 1925, p. 665.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

aparecerá en su complejidad étnica racial más allá de las inmigraciones. En Ortega estas reflexiones fueron intuiciones intimistas nacidas de modas etnológicas más que teorías elaboradas de datos y fuentes que en aquel entonces eran precarias y como advertiría Waldo Frank difíciles de tener acceso a datos precisos en archivos o bibliotecas.

A Ernesto Quesada le habría confesado Ingenieros que estos asuntos americanistas le quitaban el sueño. Había reflexionado profundamente sobre la sociabilidad americana donde predominaba la sangre indigenista, le preocupaba la orientación anglosajona que repugnaba la mezcla de pigmentaciones, y aniquilaba tribus nativas, como todo tipo de xenofobia social entre razas y mestizos. Ingenieros cuestiona las bases de la tan cacareada democracia americana hispana o norteamericana que imponía repúblicas de corte blanco con leyes y principios morales a la que miles de americanos autóctonos le daban la espalda o vivían indiferentes al sainete. Argentina, por su inmigración europea, estaría más libre de esta farsa americana, pero se quedaba al margen de un continente más americano que europeísta. Más adelante retomarían esta visión desde una óptica europeísta el Conde de Keyserling, y desde una mirada yanqui, Waldo Frank. Los temas americanos se envigorizan desde Amigos del Arte en 1929, y reaparecerán en los diarios argentinos para regodeo de la vanidad argentina que impulsa al extranjero a dar sus impresiones de su gente y raza para luego desautorizarlos si no encajan en sus expectativas nacionalistas. Pero ya Ingenieros no estaría presente en este nuevo escenario de "El Hombre a la Defensiva".

No podemos entrar en este ensayo a discutir a fondo la envergadura del pensamiento del máximo representante del positivismo argentino y cómo sus ideas sociológicas, filosóficas o biológicas repercuten en los diálogos orteguianos de los años 20. Lo que podemos afirmar es que la obra de Ingenieros era lo suficientemente influyente y extensa como para que Ortega tomara en cuenta los efectos de su docencia sobre todo en el confrontamiento filosofía y ciencia que en ocasiones adquiría en sus seguidores un tono defensivo de orgullo nacional. Hombre apasionado y polémico que daba excesivo valor a ciertas utopías como la infalibilidad de las ciencias, la cultura del "progreso" y las revoluciones americanistas, no sería difícil encontrar dentro de los textos de Ortega una persistente rectificación y atenuación de estas verdades utópicas progresistas, y de la ciencia misma de Ingenieros como "sociólogo de la verdad".

Lo que sí podría decir de estos dos tipos de inteligencia, cada una ejerciendo su liderazgo sobre juventudes, inspirándolas desde perspectivas opuestas a retomar su destino en el siglo XX, es que ambos influyeron en la disputa generacional siendo el argentino, según la opinión de un colaborador de la revista *Nosotros*, el que mejor representaba "el esfuerzo filosófico de mayor latitud y

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

más disciplinada sistematización crítica de Hispanoamérica"[17]. Y éste era otro aspecto que al positivismo de la *Revista de Filosofía* le indagaba de Ortega, el no saber ceñirse a ningún sistema, actitud peligrosa en quien ejercía una seductora influencia en jóvenes poco disciplinados. Se le criticaba por otro lado, desde la *Revista de Filosofía*, su lapidario dogmatismo en la expresión docente. Esta doble faz de pensador disperso y flexible, de prosa amena y de magisterio autoritario, desconcertaba a amigos y adversarios. Según desde qué ángulo se asimilaba la aportación de uno u otro estilo orteguiano, y el no tener Ortega un sistema como armazón de ideas, podría ser virtud o una nueva forma más excitante de filosofar con los jóvenes. Uno de los jóvenes más prometedores de aquella generación, Francisco Romero, indicaría desde la revista *Nosotros* en 1919 ciertos peligros que surgieron de la manía de "filosofar", del derecho a filosofar desde donde se quiera, en revistas literarias como reacción al despertar filosófico que motivó la visita de Ortega. Preocupado por este fenómeno, en el 28 retomaría Ortega este tema en sus cursos de la Facultad definiendo con más precisión los derechos del verdadero filosofar.

La filosofía como divulgación literaria

Sin duda que parte del rotundo éxito de las conferencias de Ortega del 16 se debió a un nuevo estilo de hacer filosofía que prendió entre los jóvenes, sobre todo en aquellos que buscaban alternativas al positivismo de laboratorio. Después de Ortega se puso de manifiesto un fenómeno cultural que ya existía dentro de la inmadurez cultural que mencionan los *Anales*. En publicaciones argentinas se mezclaban con facilidad ciencias como la filosofía, psicología, sociología, historia, biología y fisiología. Precisamente, la obra de Ingenieros era el prototipo de cultura multifacética donde la medicina, la psiquiatría, y la sociología se entremezclaban con la filosofía, el arte, la música, la pedagogía, y otras ramas culturales como si no existieran fronteras. La hiperactividad que ponía en marcha este hijo de italianos con el intento de educar a una nación de inmigrantes, que aunque muchos llegaban analfabetos, sus hijos aspiraban a ser médicos, abogados o literatos de renombre, fue uno de los éxitos de su carrera publicista. Le confiesa a Quesada que casi no tenía tiempo para corregir sus textos, que le salían del cerebro a borbotones. No tenía tiempo para dar tersura y lustre a sus escritos, citando Quesada su sentido de urgencia cultural con conmovedoras palabras: "Quiero actuar, herir en la voluntad, influir en el ánimo; y para actuar por medio del libro es preciso usar este como catapulta y no dar tregua a sus recios golpes, hasta sacudirle el polvo al adversario, sea

[17] H. DELGADO, "José Ingenieros", *Nosotros*, abril 1926, p. 335.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

doctrina o persona"[18]. Y ante todo, comunicándose con todo el mundo de habla castellana. A veces como insinuaba Quesada incurría en afirmaciones arriesgadas o de audacia discutible.

Toda esta actividad cultural ponía en evidencia la avidez y curiosidad americana, que Ortega admiraba, a pesar de la confusión y candidez con que se juzgaban unas a otras. De esta flexibilidad de intereses, ve surgir mentes brillantes, y una estética exquisita que incluía sus propios valores de selección y apreciación, con espíritu independiente. Por el otro lado se corría el riesgo de que se confundiera la filosofía con la psicología, la sociología y la historia con la biología o fisiología en una gran bolsa de cultura general a ser discutida por cualquier revista social del día. En Ingenieros con su enorme capacidad de difusión estas ciencias se entrelazaban en concienzudos trabajos con ideas sólidas. Para jóvenes que quizás no profesaban el dominio del criterio científico del maestro, la confusión era mayor cuando estas vastas construcciones científicas se ventilaban en revistas como *El Hogar*, *Caras y Caretas*, y más tarde en revistas de la nueva generación como *Inicial*, *Valoraciones*, *Sagitario* e inclusive la siempre abierta tribuna de *Nosotros*. El enorme caudal podría resultar en ciencia difusa fundiéndose una ciencia con la otra. Lo que le condujo finalmente a Ortega a aclarar los límites en su serie de conferencias del 28 que los diarios denominaron "Qué es ciencia, Qué es filosofía". Desde allí intentó desenredar la maraña ideológica que en parte también Ingenieros en su libro sobre *El porvenir de la filosofía* (1918) se habría encargado de difundir entre sus discípulos. Ya desparecido Ingenieros, mentes argentinas seguían planteándose si la filosofía era en realidad una ciencia superior o inferior a las ciencias naturales, y cuáles eran sus relaciones con la ciencia positiva.

El decano de la Facultad de Filosofía y Letras en 1916, el Dr. Rodolfo Rivarola fue rápido en advertir que a partir de Ortega la divulgación de la filosofía se extendería hacia un público más amplio. La universidad también se vio desbordada por la cantidad de alumnos que se anotaban en la cátedra de Metafísica. La revista *Nosotros* que inicialmente se dedicaba a cuestiones literarias abrió sus páginas para asimilar la interrelación de la filosofía y las ciencias que como insinuó el profesor Bermann, exponían sus colaboradores con responsabilidad. Sus artículos filosóficos no eran "de pacotilla", como era corriente, sino de sólidos principios involucrándose su director Roberto Giusti en la reforma de un plan de estudios para la enseñanza de Humanidades que según Bermann era único en Hispano América[19]. La biología, la psicología genética,

[18] E. QUESADA, "La vocación de Ingenieros", *op. cit*., p. 442.

[19] G. BERMANN, "Los estudios filosóficos en nuestra Facultad de Filosofía y Letras", *Nosotros*, marzo 1919, pp. 364-383.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

la historia de la filosofía, la pedagogía, la antropología y sociología que formaban parte de una "cultura general" ambiciosa proveniente de la universidad, comienzan a circular en varias revistas literarias junto a temas filosóficos en boga, llevando y trayendo autores franceses, alemanes, norteamericanos, ingleses, italianos, todos en dulce montón. Roberto Giusti años más tarde reconoce que el espíritu era recoger en las páginas de *Nosotros* la vibración de la actualidad que para eso es "revista", comentando que, puesto que el periódico era ante todo vida y documento, estaban dispuestos también en *Nosotros* a rendir tributo a las modas fugaces que llegaban desde fuera. Al respecto opinaba Giusti en el número extraordinario de *Nosotros* de agosto de 1927 al evaluar veinte años de su revista, "¿qué si falta el sentimiento? Pues venga la sensación. ¿Que no hay filosofía? Sustitúyala con la dialéctica ingeniosa. ¿No tenemos ya la fe enérgica en algo? Ocupe su lugar el misticismo soñador. ¿No sabemos ser profundos? Seremos agudos"[20].

En esta vena acomodaticia, recogiendo vibraciones de actualidad, uno de los fundadores de *Nosotros*, admite que si bien su publicación no se vestía rigurosamente a la última moda, la redacción celebraba las más pueriles extravagancias. No le temían a la novedad, al sondeo y a la búsqueda. En literatura se definían como poco timoratos. *Nosotros* se ponía al día con las corrientes actuales del pensamiento con atrevimientos estéticos, y atendiendo atentamente lejanos rumores, como esas imperceptibles germinaciones que Ortega deseaba sembrar en las conciencias con nueva sensibilidad. Curiosidad, información, modernidad, vivir en la vida cotidiana más que en la biblioteca, era la consigna de las revistas literarias que ventilaban las últimas novedades filosóficas y ejercían una crítica abierta para no especializados.

A Ortega le deslumbraba esta receptividad espontánea que asimilaba todo con avidez, pero les temía a las erróneas apreciaciones de esta manera de hacer filosofía populista. Y no porque él no creyese en llevar la filosofía más allá de la cátedra. Le preocupaba más bien la falta de precisión del americano, en materia filosófica. Y esta se ponía de manifiesto sobre todo en la *Revista de Filosofía* de José Ingenieros.

La *Revista de Filosofía*

Este pensador argentino, tenía varias facetas en su vida íntima y editorial. Al fundador de la *Revista de Filosofía*, en la revista *Nosotros*, se lo describía a nivel social como una personalidad jovial pero temible, de implacable humor fastidioso hacia personas serias o extranjeros pomposos. Era jefe de una genera-

[20] "Veinte Años de Vida", *Nosotros*, número Aniversario, agosto 1927, pp. 36-39.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ción de jóvenes a quienes se los llamaba "enfants terribles", terror de inocentes, escarmiento de tontos que desdeñaban junto con su maestro la gravedad social de las cenas y banquetes de homenaje. Ellos formaban según las memorias de Roberto Giusti en 1927, ya desaparecido Ingenieros, un ambiente de "locos lindos" donde el bromista y fumista Ingenieros era el agitador de esta "jaula de fieras". Apenas eran tolerados en ocasiones solemnes cuando se festejaba a algún extranjero. Trabajador de la ciencia argentina y editorialista de renombre, alternaba Ingenieros entra la diversión con pocos amigos y la tarea intelectual a la que nunca renunció. Con sus editoriales populares financió una *Revista de Filosofía, Ciencias y Educación*, que tuvo enorme circulación en el continente. Precisamente esta publicación sería la más devastadora oposición al pensamiento de Ortega y Gasset, único autor con quien los circunspectos colaboradores en muchos casos parecen perder su objetividad científica y su parsimoniosa reflexividad.

La *Revista de Filosofía* se preciaba de cultivar la ciencia pura, cosas "serias" y con metodología de laboratorio experimental. Si a alguna publicación le faltaba alegría y el sentido festivo de la vida, era a esta revista. Indirectamente Ortega se lo daría a entender a los jóvenes que estudiaban filosofía. Esta sobria publicación mantenía un grave acento "sacerdotal" con que se ungía al lector, tratando meticulosamente y con criterio positivista al arte, la ciencia, la moral, la jurisprudencia, la filosofía y educación. Nadie podría dudar de la solidez de los artículos publicados en dicha revista, la mayoría provenientes de profesores de universidad de toda América latina. La gravedad del "magisterio" imprimía a las inquietudes juveniles una aureola de seriedad que las tornaba en cuestiones grises. No entraría esta publicación en la categoría de una filosofía que ríe y sonríe en sus diálogos, como pretendía Ortega, a pesar de que Ingenieros era gran humorista y entre otras cosas escribió un folleto sobre la psicología de la risa. Tampoco formaría parte de esa salvadora puerilidad que exigía Ortega a los europeos y que debería ser la marca de las nuevas generaciones argentinas. El entorno académico formal de profesores "graves" no ayudaba a establecer un magisterio distendido "intimista" con el lector, aunque hubo discípulos de Ingenieros que dieron fe de la cordialidad e interés que este mostraba en su docencia directa con el estudiante.

Según Ernesto Quesada a pesar de lo abstruso de su género, la *Revista de Filosofía* parecía gozar de "una popularidad singularísima". El olfato periodístico de Ortega, comprendió el éxito editorialista, sesudo y a la vez populista de Ingenieros y su endiosamiento entre los jóvenes que perseguían un destino de alta cultura. Se debía esta popularidad a esa intrincada mezcla de ciencia ceñuda por un lado y de temas cotidianos que invadían el mercado con conocimientos baratos y a disposición de grandes multitudes. Al fallecer Ingenieros quedaría

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

en el recuerdo popular el maestro de juventudes que nadie discutía, hasta que llegó Ortega. Con su ágil eclecticismo filosófico este pensador español trastocó las mentes no solo de una "minoría pensante" sino de un público apático hacia las cuestiones filosóficas. Él dio vuelta a los esquemas de un pensamiento positivista ya en agonía pero aferrado a lo tangible o a la inmediatez económica. Como observaría un argentino crítico de los resultados de Ortega en el 16, "la elocuencia didáctica y a la vez mundana de Ortega y Gasset, ha tenido singular virtud sugestiva sobre un público no solo indiferente, sino por lo general desafecto a todo lo metafísico"[21]. Y el hecho de que un desconocido extranjero, y por añadidura español, fuera el primero en derribar ídolos nacionales al comenzar sus conferencias en la Universidad, causo conmoción. Con acento persuasivo en su primera conferencia de la Cultural Ortega consiguió moverle la estantería al positivismo cientificista del claustro universitario, evento que fue de por sí un acontecimiento inolvidable. Avelino Gutiérrez lo dejará registrado en sus discursos y homenajes a Ortega desde la Cultural. La *Revista de Filosofía* del mes de septiembre del 16 publica entero el discurso del presidente de la Cultural citando sus palabras de aliento al joven profesor: "Delimitar el campo de la filosofía, fijar posiciones, aquilatar valores y buscar finalidades, es por cierto tarea ardua que incumbe al Sr. Ortega y Gasset en esta cátedra"[22]. Y este fue sin duda uno de los grandes desafíos que la joven América le puso por delante al catedrático de Madrid.

Ortega ante el claustro universitario

Al presentar al flamante y desconocido profesor ante el claustro académico, el presidente de la Cultural, Don Avelino Gutiérrez, médico, fisiólogo y cirujano de renombre, profesor de anatomía en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, conocía muy bien los desafíos que le esperaban a un filósofo en una sociedad utilitarista y en ambientes universitarios dominados por el positivismo de laboratorio. Le presenta en su discurso inaugural como un catedrático de Metafísica capaz de defender los fueros filosóficos ante el embate de otras ciencias que la desplazaban de su rol de madre de las ciencias humanísticas. Opinaba Gutiérrez que los temas filosóficos de actualidad traspasaban la superficie de las cosas, llevando a la unidad de un todo armónico con otras ramas de la ciencia. Conocía bien Gutiérrez la ascendencia que estarían tomando, como en el Norte de América, los estudios de psicología, sociología y pedagogía más afines a sociedades emergentes sin pasados filosóficos y forjándose una

[21] H. DELGADO, *op. cit.*, p. 330.

[22] "José Ortega y Gasset", *Revista de Filosofía*, septiembre 1916, p. 456.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

educación nacional. Las ciencias de la pedagogía se asentaban fuertemente sobre estas dos ramas del conocimiento humano que de tanto en tanto llaman la atención de Ortega discutiendo cuestiones pedagógicas en sentido adverso al positivismo predominante. El artículo del profesor Narciso C. Laclau "Un Ensayo de Ortega y Gasset" comentando desde la *Revista de Filosofía* su trabajo en El Espectador sobre "Biología y Pedagogía" pone en evidencia las vertientes críticas del sudamericano encarando los puntos de vista orteguianos de acuerdo a sus realidades sociales[23].

La discusión sobre la interrelación y predominio entre las ciencias naturales, sobre todo la biología con la fisiología y la filosofía actual, fue un tema debatido sostenidamente desde la cátedra de la Cultural que trasciende a publicaciones y comentarios de todo tipo. Al presentar tres años más tarde Avelino Gutiérrez al fisiólogo catalán Augusto Pi y Suñer, sigue pendiente la misma cuestión. El fisiólogo de laboratorio experimental, discípulo de Turró y más cerca de la línea de José Ingenieros, según da a entender Gutiérrez, analiza los fenómenos vitales fisiológicamente penetrando los misterios de la conciencia y la teoría del conocimiento que rozan la metafísica, como un problema de fisiología o como fenómenos psíquicos relacionados con la medicina. Este sector científico, comenta Gutiérrez, niega la espontaneidad, las intuiciones puras y no deja librado nada al designio de la finalidad intencional o al capricho selectivo.

Nuevamente Avelino Gutiérrez, como con Ortega en el 16, trae a la arena polémica la tensión entre biólogos, filósofos especulativos, fisiólogos, psicólogos, que en su opinión no se deberían autoexcluir ya que había campo para todos. Turró, Marañón, Pi y Suñer, Ramón y Cajal serían en la catalogación de la revista *Nosotros*[24] los verdaderos innovadores de la ciencia y filosofía en España, dejándole quizás un piadoso rinconcito a Eugenio D'Ors quien dos años más tarde dejaría caer su propia semilla filosófica en suelo argentino. Para Ortega no habría más espacio que para la crítica descomedida o para comentarios adversos a sus contradicciones filosóficas. Y esto se debió al implacable antipositivismo que desplegó desde la cátedra de la Cultural, duelo que perduró hasta bien entrados los años 30.

Muy pronto al comenzar su disertación, allanando la terminología y simplificando el lenguaje, con elegante dicción y fluidez de palabra Ortega conquistó a un auditorio heterogéneo que quizás no se percató del todo del impacto de sus primeras estocadas hacia el "establishment" universitario. El hecho de que

---

[23] N. LACLAU, "Un Ensayo de Ortega y Gasset", *Revista de Filosofía*, julio 1923, pp. 12-20.
[24] "Pi y Suñer", *Nosotros*, agosto 1919, p. 481.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Ortega abandonara "todo tecnicismo superfluo" ante un público expectante, le ganó el calor y la confianza del auditorio que llenaba las aulas. La franqueza, la forma sobria que dejaba de lado formalismos y ampulosidades atrajo la atención de académicos acostumbrados a tonos más graves. En este primer encuentro del siete de agosto, Ortega disertó sobre "El sentido de la filosofía" como introducción general al estado de la filosofía en tiempos actuales. Por fragmentos periodísticos recogidos de esta primera disertación, el darwinismo cayó bajo el látigo melifluo de Ortega en su recorrido por la historia del pensamiento humano y sus transformaciones desde los clásicos. También excluyó a la psicología y biología del terreno filosófico, gesto que alertó a los discípulos de Ingenieros y enardeció a un oyente, el profesor Alberto Palcos atento a los derechos adquiridos por la Psicología en el mundo contemporáneo.

Poco a poco, entre golpe y golpe y galanura de estilo, Ortega separaría a la filosofía del proceso que rige a las ciencias naturales. Le otorgaría a la filosofía la capacidad de regular y corregir los principios del físico, del químico, y de otras ramas científicas. Dejaría asentada cuál era la misión de la filosofía que sintetizó como la manera de establecer, entre dudas, contradicciones y problemas, las formas realista o idealista de interpretar el mundo. Entre razonamientos opuestos diametralmente a los de la escuela de Ingenieros, dejaría caer su filosofía vitalista, un perspectivismo cultural donde se le daba más margen al vivir espontáneo que al poder condicionador del medio de los darwinistas o al psicologuismo médico. No le pasaría inadvertido a Ortega un detalle a tener en cuenta de la idiosincrasia nacional, que este biologismo darwinista de laboratorio tan arraigado, en un país ganadero que mejoraba las especies para incrementar la calidad de sus carnes exportadoras, no era asunto de menospreciar.

Ortega presentía poca filosofía entre estos americanos del Sur más interesados en mantener una cátedra de Agronomía y Veterinaria que una de Metafísica. En este entorno, la filosofía acabaría sucumbiendo ante las exigencias materialistas del rédito económico y de ciencias que ayudaban a impulsarlo. En Buenos Aires, una ciudad que le habría hecho público su alarde de progresismo ganadero en el banquete de la revista *Nosotros*, insinuándole que para hacer ciencia y filosofía era necesario asegurarse primero el peculio agro-ganadero, Ortega comprende que la alianza del positivismo con el utilitarismo económico, eran una combinación letal para el pensamiento puro. El discurso del senador Dickmann en esta ocasión en la cual estaría presente Ingenieros puso ante sus ojos esta cruda realidad que poco a poco irá desnudando en sus conferencias de la Cultural.

Entre la segunda y la tercera conferencia se produce la primera reacción del positivismo argentino, ofensiva que venía dirigida contra Ortega desde la revista *Nosotros*. La *Revista de Filosofía* había dado información respecto a la

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

primera conferencia pero no se prestó para ser escenario de esta primera estocada.

La ofensiva del profesor Palcos

El artículo que provocó el escándalo se titulaba "José Ortega y Gasset. El sentido de la filosofía"[25]. Este escritor a cargo de las reseñas filosóficas de *Nosotros* fue el primero en demostrar públicamente su desacuerdo con el disertante. Según Palcos Ortega habría presentado a la filosofía como una ciencia general que une entre sí a las ciencias particulares, constituyendo una ciencia de las ciencias y una teoría de las teorías. Es decir, que reclamaba la autonomía de la filosofía de las ciencias naturales que habrían desempeñado en los últimos tiempos "un odioso papel inquisitorial". La filosofía se reservaba el derecho de analizar los fundamentos de otras ciencias que bien podían reposar sobre arenas movedizas. Sostiene Palcos que Ortega aleccionaba a retornar a la filosofía clásica para apagar el incendio del viejo continente.

Palcos sitúa a Ortega dentro de la escuela de filosofía neokantiana alemana recogida del profesor Cohen y de Bergson, pero apartándose de estas escuelas en varios detalles. Ortega disiente con los neokantianos en cuanto borra de su filosofía rastros del subjetivismo y se aleja de Bergson en cuanto no acude a las ciencia naturales para datos en la elaboración de la filosofía. A continuación cita de las *Meditaciones del Quijote* donde Ortega explícitamente afirmaba que las ciencias naturales basadas en el determinismo, habían conquistado el campo de la biología acusando a Darwin de aprisionar lo vital dentro de la necesidad física. La deducción de Palcos era que estos razonamientos graves, evidenciaban que su autor no estaría bien empapado en la médula de las doctrinas evolucionistas. Para Palcos el determinismo y el evolucionismo darwiniano lejos de hallarse en decadencia, podían considerarse como las dos conquistas más valiosas de la filosofía contemporánea. Sobre este punto fundamental insiste en que "estos dos conceptos básicos no ahogan al hombre: lo emancipan de miles de prejuicios y de supersticiones. No deprimen a la personalidad humana: la exaltan y le comunican relieve; instan a integrarse sin cesar. Ninguna preocupación de índole moral o de cualquier otra clase puede poner en duda que el medio obra sobre el individuo, y que el individuo reobra sobre el medio. En esta mutua influencia, en esta continua interacción, ambos se perfeccionan sin cesar. El evolucionismo y el determinismo suministran una pauta a la personalidad humana,

[25] A. PALCOS, "José Ortega y Gasset. El sentido de la filosofía", *Nosotros*, agosto 1916, p. 202.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

la enriquecen, la amplían, centuplicándola en poder, en eficacia, en verdadero valor moral"[26].

Esta corriente que Palcos defiende con vehemencia, y dado que el mismo Ortega habría declarado unos meses antes que la cultura científica era previa a la cultura filosófica porque la ciencia era más universal que la filosofía, le llevan a pensar que lo que se esconde detrás del argumento orteguiano era un claro menosprecio a las ciencias naturales. El profesor Bermann, otro gran adversario de Ortega, también desde *Nosotros* y discutiendo las *Orientaciones de la filosofía actual*, se habría detenido a censurar el "regio ademán" con que Ortega habría ahondado el abismo entre el mundo de los filósofos modernos y las ciencias que se conocían y respetaban en la Facultad[27]. Este choque de escuelas se dio a nivel académico, ya que no repercute en la serie de seminarios sobre Kant que Ortega estaría dando a los alumnos de donde saldrían unos cuantos conversos y "desertores" hacia su filosofía vitalista. Esta era la opción que proponía Ortega a los americanos del sur contra un positivismo europeo ya decadente. El mundo, insinuaba Ortega, se movía en dirección a corrientes más idealistas y más afines a su mensaje de una nueva sensibilidad.

Dentro del ciclo de conferencias de la Cultural, como habría advertido Avelino Gutiérrez, el debate se vivió como un enfrentamiento puro y duro entre corrientes filosóficas opuestas, acusando Palcos a Ortega de "vanidad racionalista que odia las humildes y fecundas conquistas de la «experiencia», caballito de batalla de Ingenieros, como si «la razón» fuera una, soberana, omnímoda e infalible". Para Palcos la posición de Ortega era un lamento egocéntrico de un yo que se sentía ultrajado por la invasión de las ciencias naturales –patrimonio impersonal de toda la humanidad–. Y agrega que "ese odio a la ciencia y ese individualismo hermético, ha llevado a España a la anarquía en que aún se debate". Esta acusación de que son muchos los españoles que aún sienten repugnancia instintiva, orgánica, por las disciplinas científicas, ante la opinión americana aparece "como si los horrores de la inquisición hubieran dejado en el fondo de ellos el sedimento del espíritu que la anima"[28]. Degenerará la polémica en esta dirección de hispanofobia, al retomarla el diario *La Época* de Buenos Aires contra Palcos en defensa de Ortega. Desde entonces queda flotando en el aire la acusación de que ningún español puede liberarse del peso opresivo de una tormentosa historia anticientífica.

El final de este artículo de Palcos que comenzó siendo halagatorio y que concluyó lamentando que Ortega y Gasset, colocado a la cabeza de un movimien-

---

[26] *Ibid.*, p. 205.

[27] G. BERMANN, "Las orientaciones de la filosofía contemporánea", *Nosotros*, julio 1917, p. 245.

[28] A. PALCOS, *op. cit.*, p. 205.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

to que anhela la ferviente reconstrucción y la europeización de España, se vea involucrado en una actitud anticientificista, dejará abierto el debate para entrar plenamente en el fantasma siempre vivo de la polémica de la ciencia española. Palcos es contundente, no se concibe una regeneración de España sin ciencia. Sería peligroso sensibilizar a su gente con las vaguedades de filosofías etéreas como la vitalista. La única forma de disolver en España la superstición y el atraso, era para este profesor, disolviendo el misticismo y los prejuicios que la petrifican.

El polemista criollo niega a su vez que la decadencia y la guerra europea sean fruto de la ciencia o filosofía positivista como declaraba Ortega. La guerra se produjo a pesar de ellas y si existen hombres de ciencia y filosofías retrogradas las ciencias y la filosofía como tal no lo son. El peligro de la guerra es que ha cerrado bibliotecas y laboratorios logrando que las ciencias sufran un eclipse y la filosofía mística se adueñe de las almas. Es un lenitivo falaz a los dolores engendrados por la guerra, pero las ciencias solo han muerto para las almas muertas. Después de la guerra renacerán con más empuje y vigor y se incorporarán a la acción diaria como alimento de los dioses transformando a los hombres en gigantes.

Este ataque frontal por parte de un escritor que decía conocer bien *Meditaciones del Quijote* y *Personas, obras, cosas*, y quien insidiosamente ha incluido a Ortega entre los renovadores españoles, concluye atribuyéndole dotes de innovador, no por su capacidad filosófica sino por su temple de artista, por ser "un agudo crítico de arte y un literato lleno de primores". Cuando se busca al auténtico filósofo, insinúa Palcos, no se lo encuentra a la altura de su maestro Salmerón. El golpe de Palcos no iría solamente en dirección a la reputación de Ortega, se dirige al prestigio de la colectividad que lo ha invitado a la Facultad. Palcos no cree en la España que renace que Avelino Gutiérrez estaría poniendo en marcha desde la Cultural. Aprovecha para descargar mucho veneno porteño contenido incluso dentro de la *Revista de Filosofía* contra las aspiraciones innovadoras de los españoles. Y Ortega como principal protagonista de este exabrupto se encontraba en medio de una discusión llena de aristas de resentimiento antihispano traído y llevado como un anacronismo de las mentes españolas.

Acotaciones

El artículo cayó mal en el ambiente universitario que se disculpó ante Ortega por este exabrupto. La revista *Acotaciones*, tipo de revista como *España* fundada por Ortega en Madrid, defiende a los que no piensan como Palcos. A los de *Acotaciones* les molesta la moda iniciada por este enfrentamiento, insinuando

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

que ser kantiano era ser antipositivista, antievolucionista, y el ser idealista alemán equivalía a ser considerado abstruso, nebuloso, retrogrado. El talentoso Justo Pallares Acebal se quejaba que desde *Nosotros*, al calificar a Ortega de neokantiano se habría generado esta aberración. *Acotaciones* acusa a la revista de Giusti y Bianchi de haber propagado contra Ortega imputaciones falsas como la de no estar el filósofo español empapado de biologismo y evolucionismo. A lo que responde la redacción de *Nosotros* que no ha imputado nada a su amigo Ortega y Gasset y que lo que ha escrito Alberto Palcos solamente hace suyas estas ideas a título personal. Con estos comentarios advierte *Nosotros*: "No queremos suponer que el articulista de *Acotaciones* atribuya a cuantos en esta revista escriben las opiniones de Palcos, que no es sino uno de sus muchos colaboradores". Y aclara: "En torno a esta revista se han reunido muchos hombre de letras cuyos juicios pueden manifestarse libremente en nuestras páginas y no sería raro que un artículo cualquiera publicado en *Nosotros* no fuera compartido en sus opiniones ni por la dirección de la revista, ni por la mayoría de quienes la escriben"[29].

La puja entre Ortega y los positivistas argentinos no concluye con este episodio. El propio Palcos volverá en Diciembre de 1916 a utilizar las columnas de *Nosotros* comentando un libro de Ingenieros "Principios de psicología" donde arrima el argumento al tema también polémico de la interrelación entre la psicología y la filosofía. Según Palcos, que era más psicólogo que filósofo, gracias a la teoría de la evolución, la psicología se emancipó de la vieja y abstrusa filosofía tradicional escolástica y de las "anfibiológicas espiritualistas", integrando el grandioso panorama de las ciencias naturales cuyos principio y métodos adoptó. La psicología según Palcos, creció al calor de otras disciplinas. Biólogos, naturalistas, psiquiatras, juristas, filósofos literatos y políticos, contribuyeron a levantar su andamiaje. Con hechos y doctrinas la convirtieron en ciencia clara y ciencia natural, como la abordó Spencer en sus *Principios de psicología*. Y comenta Palcos que también de esta misma manera la trató Darwin en sus celebres estudios sobre el origen del hombre. Poniendo en línea a Ingenieros con estos pensadores le atribuye el mérito de unir estudios contemporáneos, de sintetizar, unificar y sistematizar con claridad y precisión admirable, las adquisiciones generales de la Psicología considerada como ciencia genética.

Palcos indirectamente estaría cuestionando algo que le molestó de las conferencias de Ortega, el que calibrara otras ramas de la ciencia como la Psicología, fundada en las leyes generales de las ciencias, como ciencias que estuvieran por debajo de la filosofía. Recriminaba la teoría de la supremacía de la filosofía sobre las demás ciencias naturales poniendo de intermediario a In-

[29] "Acotaciones", *Nosotros*, octubre 1916, pp. 143-44.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

genieros cuyas enseñanzas avalaban al darwinismo sociológico dentro de las funciones psíquicas colectivas, y desde las sociedades salvajes hasta las civilizadas. Dice Palcos al respecto "las sociedades al adaptarse al medio natural adquieren hábitos colectivos (costumbres) y modifican su estructura (instituciones sociales). La herencia social constituye la tradición. Las variaciones adquiridas la innovación. El progreso depende de la mejor adaptación de las sociedades al medio en que se desenvuelven"[30]. En nombre de Ingenieros, Palcos no cede en su postura antiorterguiana describiendo las funciones de la "experiencia" social e individual, y la conciencia, en sentido adverso a lo que enseñaba Ortega.

Recorrerá este enfrentamiento con el positivismo argentino muchas páginas de la filosofía vitalista de Ortega. Después del ataque de Palcos, Ortega arremeterá sistemáticamente contra el biologismo de Ingenieros y compañía al que declara fenecido. Su comentario es que "tuvo su era y su razón de ser". Refuerza sus golpes contra la segunda mitad del siglo XIX y contra el positivismo "que no es una filosofía" y declara taxativamente que el pensamiento naturalista o fisiológico no es el metafísico. En la tercera conferencia menciona a Husserl quien defendió la filosofía como la ciencia de lo posible, como una disciplina que debía mantenerse a distancia de lo real.

Ortega a lo largo de su ciclo de conferencias no bajará la guardia contra este sector cuestionando también la escuela de Psicología de Horacio Piñero. En la cuarta conferencia arremete contra la "psicología fisiológica" de Ingenieros en la que estaría enredado Palcos, convirtiéndose la psicología en el caballo de batalla de estas últimas lecciones. Incluso en una cultura afrancesada como la que propagaba *Nosotros*, dejará caer una lluvia de dardos literarios sobre un autor favorito de los argentinos, Anatole France, a quien considera el símbolo de debilidad espiritual del siglo XX. Ortega guarda su última baraja antes de cerrar el ciclo demostrando que el fenómeno universal de la metáfora era la parte creadora de la conciencia, aspirando a un sobrepositivismo del cual con los años adversarios de la *Revista de Filosofía* impugnaran críticamente.

Lo fantástico, la metáfora, el mito adquieren un lugar real en el diálogo de Ortega con los argentinos dentro de una antropología filosófica que desarrollara desde el diario *La Nación* en los años 20. Según Ortega son valores que no se ven ni se tocan, pero que existen en una concepción vitalista de la filosofía. En esta zona del pensamiento orteguiano, surgirán premisas aplicables al campo de la pedagogía, que encontrará nuevos adversarios y objetores desde la *Re-*

[30] A PALCOS, "Filosofía y psicología. Comentarios sobre el libro *La filosofía y su enseñanza* de A. Delle Piani. Montevideo 1916", *Nosotros*, febrero 1919.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

vista de Filosofía. Pero no todos los intelectuales remaban del lado positivista en el claustro universitario. Una personalidad importante como la de Emilio Ravigniani, historiador, sociólogo y pensador de peso, le comenta a Ortega en una carta con fecha catorce de septiembre del 16 que ni él ni Alejandro Korn ni Alberini comulgaban con los ambientes intelectuales que le estarían acosando, hasta el punto que les llamaban a estos disidentes "alacranes", título rioplatense para el crítico opositor sin amargura[31].

El porvenir de la filosofía

En 1919, no muy lejos de los ecos de las conferencias de la Cultural, y mientras Ortega desde Madrid elaboraba su cultura del amor donde aparecía esa otra vena de su sensibilidad y filosofía vitalista, la erótica, Ingenieros se planteaba como americano el porvenir de la filosofía. Dentro de la historia de la filosofía arremete contra el fantasma de todos los sistemas consagrados, escudándose tras la lógica de las ciencias. En 1918, en las mismas aulas en que habría hablado Ortega, Ingenieros afirmaba sus creencias en una posible renovación de la metafísica mediante la experiencia científica, dentro de ese hilo conductor que las ciencias físico-naturales o las médico-biológicas le ponían delante. Por este camino había transitado toda su vida y continuaba rescatando a la filosofía pasando por la psicológico y lo sociológico hasta llegar a lo trascendental.

Amando Donoso, un chileno admirador de Ingenieros, reconoce el mérito de la labor de este hombre que había dedicado su vida al estudio de las especulaciones filosóficas, a la experimentación científica, haciendo de su biblioteca popular un laboratorio cotidiano. Ejercitando las más variadas disciplinas de las ciencia exactas, desde su "experiencia científica", acreditaba Ingenieros el valor de un método filosófico propio. "Así pues sus proposiciones relativas al porvenir de la filosofía tienen la importancia de un nuevo sistema lógico, mediante el cual esboza la posibilidad de una renovación conciliadora de la metafísica pura, en los precisos momentos en que una pretendida reacción espiritualista prepara el camino a sutiles y elegantes efusiones, caras a los espíritus sedientos de inquieta idealidad, que advierten las conquistas de las ciencias con los temores con que los primitivos cristianos miraban la sana y viril realidad pagana"[32].

---

[31] Carta de Emilio Ravignani invitando a comer a Ortega. Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset.

[32] Amando ALONSO, "El porvenir de la filosofía según José Ingenieros", *La Senda Clara*, Ed. Buenos Aires, 1919, p. 145.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

No se necesita mucha imaginación para inferir que entre los elegantes y "ágiles sofistas", que en nombre de itinerantes espiritualismos han pretendido limitar el alcance del conocimiento, o han llegado a erigir en disciplina trascendental "a una facultad emotiva", estaría incluido el vitalismo orteguiano. Ortega habría insinuado, y lo seguía diciendo en sus ensayos de enamorado, en lo que más tarde constituiría su cultura del amor, que la vida era la esencia de lo filosófico. A su vez Ingenieros se replegaba en la renovación filosófica, eliminando viejos métodos estériles del pasado acercándose con caminos nuevos que las ciencias mismas ofrecían. Y se preguntaba si la física futura no llegará a registrar, en la medida de sus experiencias, las nociones más exactas de cuanto está fuera del conocimiento.

No será hasta 1928 y ya fallecido Ingenieros que Ortega responderá a muchos de estos planteamientos donde se pretendía que el porvenir de la metafísica fuera como una prolongación de la ciencia, o del método científico en la diaria conquista del conocimiento. No serán solo sus discípulos argentinos los que seguían a raja tabla las teorías de Ingenieros. Desde Colombia, Méjico y otras ciudades de América varios pensadores se adherían al evolucionismo biológico de este maestro argentino, empeñado en construir una filosofía científica refugiada en la clínica y en los laboratorios experimentales. De aquí la insistencia de la docencia orteguiana sobre la relación y separación de las ciencias y la filosofía, ejerciendo funciones distintas que no debían mezclarse, como pretendían los Palcos de este mundo o los cientificistas de la *Revista de Filosofía*, en una cultura general. De tanto en tanto Ortega incursionará en el campo de la fisiología y otras ciencias naturales, pero siempre manteniéndose dentro de sus círculos filosóficos e históricos vitalistas.

Los continuos ataques de esta publicación hacia aspectos de la obra de Ortega, le llevará a decir en su carta al joven que estudia filosofía que la juventud argentina le inspira más esperanza que confianza, porque no encuentra en ella rigor mental para adueñarse de las ideas. "El gran deporte de la precisión mental" estaría ausente en mucha crítica filosófica que se empeñaba en desacreditarlo. Ortega razonaba que si no se tenía una clara noción de los problemas mal se podía proceder a resolverlos. Aprovecha Ortega esta carta del año 25 para quejarse de las "hazañas patéticas, de falsa gesticulación solemne" que quieren convertir a la ciencia, a la moral y al arte en "cosas serias", comentario sin duda dirigido al sector de la *Revista de Filosofía* que a pesar de su ciencia pura y sacerdotal, no mantenía la objetividad de sus afirmaciones respecto a juzgar sus obras.

Curiosamente Ingenieros, profesor, conferencista, publicista, director de revistas y bibliotecas, patólogo, criminólogo, sociólogo, educacionista, historiador, filósofo, de espíritu "poliforme" y de una cultura general vastísima, no se

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

preciaba de ser "especialista" en ninguna rama, pero es verdad que sus escritos demuestran los puros formalismos tristes y grises de los que se quejaba Ortega. Leer los tratados sobre el amor de Ingenieros dejan la sensación de que efectivamente le faltaba aquella salvadora puerilidad, el erotismo juguetón que caracterizaba los ensayos de Ortega y que escandalizaron al profesor Bermann quien le declara "degenerado erótico". Ingenieros fecundaba su filosofía de vida con las ciencias más variadas forjándose un sistema basado en "la experiencia" y la cultura acumulada de ella misma. Este punto era el que Ortega refutaría en más de una conferencia, además de atacar con dureza los pilares del pensamiento de Ingenieros, Darwin, Haeckel, Spencer y otras luminarias del positivismo acriollado. Con el tiempo descubriría Ortega que a lo se que enfrentaba no era solo a un sistema filosófico más, sino a un estilo de vida de arraigo nacional, difícil de erradicar de la retórica exitista del argentino satisfecho o narcisista.

El positivismo utilitario

Alejandro Korn, una de las mentes más lúcidas del ambiente filosófico porteño, al intentar definir una posición filosófica en el devenir histórico se topa con el único pensamiento propio del argentino con un positivismo autóctono. Describe al positivismo argentino como una manera de sentir el pensamiento de una nación pujante. El positivismo acriollado era una conducta colectiva, un credo personal que tenía su cohesión, eficacia y claridad en la constitución política de la nación. Arrancaba con Alberdi y la generación del 80 y luego arraigó en los nuevos conceptos de Ingenieros que elevó el positivismo pragmático materialista a un cientificismo con fines sociales. Como afirmaba Korn desde la revista *Nosotros* en 1927 "Toda la inmigración lo profesaba, todo el país lo aceptó. La constitución política fue su fruto, la evolución económica se ajustó a sus moldes". Este positivismo, que Ortega encontró entronizado en Sudamérica tenía reminiscencias del utilitarismo sajón, del enciclopedismo francés, del romanticismo alemán, creando una mixtura de concepción original: "la creación más auténtica del espíritu argentino". Comenta Korn al respecto: "Cuando tuvimos noticias del sistematizado positivismo europeo, el nuestro ya era viejo"[33].

Según el análisis retrospectivo de Korn en 1927, el positivismo argentino, atento a los problemas reales de la vida nacional, no acertó a darse la estructura metódica de un sistema de filosofía. Cuando los próceres llegaron hasta

[33] A KORN,. "Filosofía argentina", *Nosotros*, agosto 1927, pp. 53-54.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Spencer, hallaron la confirmación de su propio pensamiento. El argentino fundacional "había hecho filosofía sin sospecharlo; habían creado el caudal de ideas con el cual hemos medrado hasta la fecha"; según Korn, que no era adicto al positivismo, el siglo XX encontraba a los argentinos todavía bajo la dirección espiritual de los hombres del ochenta. Y esto es lo que percibió Ortega en una sociedad joven, orgullosa de su progreso materialista, adheridos a Stuart Mill, Spencer, Renan y Taine, sin creación original. La base filosófica era un traje postizo, lo que primaba era el carácter pragmático con que se analizaba los estudios jurídicos, históricos, la pedagogía, la psicología y la sociología, con la última palabra dicha por Alberdi. Discípulos de Comte, Darwin, del Resurgimiento Italiano eran otros matices de esta filosofía nacional desarrollándose en un ambiente liberal e individualista.

Esta síntesis sirve de termómetro para evaluar lo que Ortega debió confrontar en los ambientes intelectuales de Buenos Aires en el 16. Korn hace referencia también a que José Ingenieros innovó los estudios filosóficos elevando el positivismo con fines médicos y conceptos militantes. La cuestión social obrera, sobre todo la revolución Rusa, le forzó a sistematizar los conceptos básicos de una filosofía positivista hacia la acción izquierdista. Según Korn, Ingenieros supo infundir un nuevo vigor social a sus ideas prolongando por veinte años la vida del positivismo ya decadente. Y lo hizo manteniendo un laicismo feroz, sin comprender el fenómeno religioso. Sobre esto comenta: "Por rechazar el dogmatismo de las supersticiones místicas se entregó al dogmatismo de las ciencias naturales. Para Ingenieros, la filosofía, la metafísica misma, no eran sino complementos hipotéticos de la intangible verdad científica; hasta una ética de alardes estoicos intentaba fundar en el determinismo de la máquina universal"[34]. Ingenieros habría de vincular su filosofía a problemas sociales históricos y económicos con un cientificismo nativo que fue más allá de las fronteras. Admite Korn que durante años fue el publicista argentino más prestigioso, con voluntad de trabajo, honradez y abnegación, pero al final se puso al servicio de las utopías marxistas.

Cuenta Korn en su recorrido histórico por la filosofía argentina que lentamente con demoras, reticencias y malentendidos llegó a Buenos Aires la noticia de una nueva orientación intelectual. Con sorpresa el argentino descubrió que el positivismo decimonónico se habría extinguido y que sus herederos el pragmatismo y cientificismo se aprestaban a seguirle. El reclamo de normas más elevadas y espirituales vino de la mano de Ortega. Recordando Korn que "[l]a presencia de Ortega en el año 16 fue para nuestra cultura filosófica un acontecimiento. Autodidactas y diletantes tuvimos la ocasión de escuchar la palabra de

[34] *Ibid.*, p. 56.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

un maestro, algunos despertaron de su letargo dogmático y muchos advirtieron por primera vez la existencia de una filosofía menos pedestre. De entonces acá creció el amor al estudio y aflojo el imperio de las doctrinas positivistas"[35].

No podemos discutir a fondo la envergadura del pensamiento de Ingenieros en toda su magnitud. Lo que se puede afirmar es que era lo suficientemente influyente como para que Ortega lo tomara en cuenta en su docencia argentina. Hombre apasionado y polémico que daba excesivo valor a ciertas utopías como la de la ciencia y la cultura del progreso, queda para futuros investigadores encontrar dentro de los textos orteguianos la sistemática y persistente resistencia a la obra de este profesor perpetuada por sus discípulos desde la *Revista de Filosofía*. Es desde Ingenieros que aparece una pléyade de spencerianos que Ortega también confronta en sus artículos, sobre todo a aquellos que erróneamente le calificaran de "pragmático", quejándose en una de sus advertencias a los jóvenes, de la existencia inconcebible de una cátedra dedicada a Spencer que todavía regía en 1924 en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Korn recuerda que en las peripecias de este conflicto ideológico, donde se presentaban alternativas en las filosofías de Renouvier, Boutroux, Bergson y Croce, la influencia de Ortega fue decisiva. "No nos trajo Ortega y Gasset un sistema cerrado. Enseñó a poner los problemas en un plano superior, nos inició en las tendencias incipientes, dejó entrever la posibilidad de definiciones futuras, nos incitó a extremar el esfuerzo propio"[36].

Pero no era Ortega el único que habría venido a ganarse el poyo de los jóvenes en sentido vitalista y en medio de una gran desorientación cultural y filosófica. Otro visitante, pero de menor escala, a tener en cuenta para formar la dupla Ortega-Ingenieros fue Xenius, como se lo conocía a D'Ors. Este pensador catalán aparece en la escena cordobesa defendiendo conceptos "probabilistas" y vitalistas propios, arrimando a unos cuantos jóvenes al novecentismo ya iniciado por la nueva sensibilidad orteguiana pero de tono más reconciliador con la tradición. Korn no recuerda que las intenciones socráticas de D'Ors hayan tenido tanto éxito. Le faltó afán de conclusiones concretas, tangibles y vertebradas que la cultura argentina, entonces poco refinada, requería del pensador mediterráneo. Según Korn le faltó gravidez, aunque Manuel Gálvez admitió que los discípulos de la *Vida Nueva* lo recibieran como maestro de ideales novecentistas y como persuasiva fuerza de enseñanza. El grupo de jóvenes pensantes de aquel entonces se bifurca siguiendo la revista Valoraciones la renovación de D'Ors y los beligerantes de Inicial a Ortega.

---

[35] *Ibid.*, p. 57.
[36] *Ibid.*, pp. 57-58.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

El novecentismo antipositivista de D'Ors

Entre la nueva sensibilidad del 16 y *El tema de nuestro tiempo*, los dos grandes pilares de la ideología rupturista asumida por la nuevas generaciones argentinas surge en 1921 un espíritu más moderado, el de Eugenio D'Ors. Invitado por la Universidad de Córdoba para dar diez lecciones de filosofía, la Cultural aprovechó para que también diera en Buenos Aires otro ciclo de conferencias para las juventudes universitarias de Buenos Aires. En Córdoba disertó sobre "Exposición sistemática de la doctrina de la inteligencia", y en Buenos Aires sobre "El probabilismo y las nociones fundamentales de las ciencias". El autor de *La Bien Plantada* recogió elogios y provocó entusiasmos. Pero su mensaje era distinto al de Ortega. No traía en sus vigorosa docencia ninguna señal rupturista, sino todo lo contrario, un anhelo de "restauración de lo clásico", serenidad de ritmo, virtudes de disciplina para los jóvenes, aborreciendo lo rebelde, instintivo y extremoso. Como Ortega desplegó claridad de exposición, elegancia, e infundió en los jóvenes un entusiasmo renovador que enardeció al grupo de jóvenes del Colegio Novecentista, entre los cuales estaría un periodista, José Gabriel. Este joven prometedor, que se encandiló con la filosofía orteguiana luego siguió detrás del novecentismo de D'Ors. El secretario de este grupo era Julio Noe, compañero de viaje de Ortega en el 16.

El novecentismo en su manifiesto pretendía ser un "Renacimiento" como predicaba D'Ors y a la vez crítica y superación del positivismo que ya no satisfacía. El conferencista catalán fue tan contundente como Ortega en sus golpes al positivismo decimonónico. La diferencia entre uno y otro era que Ortega proponía drásticas rupturas generacionales como el modo de superar estas corrientes enquistadas en el pasado mientras que D'Ors, predicaba un "nuevo acento", sobre la afirmación filosófica, no negando la libre comunicación entre las ciencias naturales y la filosofía. Xenius, como se le conocía en Buenos Aires, no tenía el sesgo antibilogista de Ortega, y su posición dialéctica era más armonizadora e integradora. No podemos entrar a discutir la esencia y complejidad del mensaje de D'Ors que fue extensamente tratado en los *Anales* de la Cultural[37]. No obstante, un análisis cuidadoso reflejaría diferencias y convergencias con Ortega, no solo sobre filosofía y sus relaciones con las ciencias sino sobre cultura y vida. El "probabilismo" dorsiano abarcó una enormidad de temas que iban desde las ciencias, la filosofía, la cultura hasta el gran tema de las artes y la literatura. En el Colegio Nacional de la Plata D'Ors se explayó sobre "teoría de la cultura", conferencia organizada

[37] *Anales*, t. II, pp. 111-176.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

por la Facultad de Ciencias de la educación de la avanzada Universidad de la Plata.

El maratón dorsiano transversó la cultura como problema, la cultura oficializada y dogmática, la cultura como historicidad, como institución popular y prehistórica, y como identidad nacional. De la impresionante docencia dorsiana hubo repercusiones tan duras como las que recibió Ortega y siempre del mismo sector positivista. Esta vez el protagonista era Gregorio Bermann, vinculado a los estudios filosóficos en Córdoba y gran reformista de los estudios filosóficos a nivel nacional. Como en tiempos de Ortega la tribuna abierta fue *Nosotros*. Bajo el título de "La filosofía del Señor D'Ors"[38], el libro más vapuleado por este sector fue el de *La filosofía del hombre que trabaja y juega* (Barcelona: 1914) donde había implícitas referencias al sentido festivo y deportivo de la vida. Como a Ortega, se le calificó de "inquietador de voluntades", pero encuentra Bermann en su estilo menos barroquismo y más claridad que en el profesor madrileño. Lo que es de agradecer, comenta Bermann a la vez que reduce el intento orteguiano de poner límites a la biología como tentativa pedestre y poco feliz, utilizando la misma terminología orteguiana.

Este crítico cordobés califica la obra "de íntima conexión literaria" de D'Ors, como una "simpática" campaña contra el dogmatismo y especialmente contra el funesto positivismo del siglo XIX, que parecía ser una recurrente preocupación de los españoles. El instinto docente de Bermann se subleva contra estas "formulillas" que en D'Ors se repiten con el mismo dogmatismo cientificista del acusado, y que por desgracia le llega al inexperto iniciado en filosofía. Para Bermann no habría diferencia entre Ortega y D'Ors en lo esencial de su sistema metafísico espiritualista. Ambos aparecen como fieles discípulos de Platón aunque a Ortega lo encuentra más "avezado a los entreveros filosóficos", no entregándose del todo al platonismo con su idea sobre "que es lo pensado por nosotros". Del análisis de Bermann se transluce que filosóficamente hablando Ortega es más duro de roer que el mediterráneo D'Ors, entusiasmado con algunos hilos falsos con los que construye su castillo de naipes. Y en este proceso crítico vuelve a surgir ese mismo caballito de batalla que era la tesis pragmatista que tanto preocupaba al joven americano. Se nota en esta escuela de pensadores argentinos que siguen a Ingenieros la enorme influencia de la escuela pragmática norteamericana, a la que Ortega le niega existencia filosófica.

Bermann ve en D'Ors la misma tendencia pragmatista, que se le endilgará a Ortega desde este mismo sector. Parecería como si existiera un necesidad im-

[38] G. BERMANN, "La filosofía del Señor Eugenio D'Ors. De los límites de la filosofía y la literatura", *Nosotros*, abril 1921, pp. 476-521.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

periosa de construir nuevos sistemas metafísicos aptos para la acción. D'Ors, como Ortega a veces desean desprenderse de esta etiqueta filosófica. Comenta Bermann que D'Ors "[a]spira a veces a desasirse del pragmatismo para ser un clásico esencial; tal vez lo logre, pero a costa de ignorar, como aquellos «filósofos» que comenta Le Dantec, que hay desde Platón un hecho nuevo en la Historia del mundo que es la Ciencia"[39]. Desde la postura de Bermann la filosofía de D'Ors era una babel, y un caso práctico del estado de anarquía a que conducía la doctrina dorsiana que se manifiesta en el Colegio Novecentista donde reinaba la confusión y la divergencia bajo la pluma ágil de Justo Pallares Acebal.

Bermann como Palcos despacha a este español como un periodista de filosofía. Prefiere dejarlo caer al mundo de lo literario donde sus "Glosas" le darán el lugar apropiado a sus intentos filosóficos. Y lo más negativo es que resultó ser un posibilista de muchas cosas, hombre complejo, refinado, diletante en filosofía que gusta la belleza de pensamiento, que no es escolástico ni escéptico ni religioso ni ateo, con lo cual dirá despectivamente que "es un poco de todo". Siguiendo las brillante huellas de Ortega va triunfando con un sistema de paradojas y figuras literarias, volviéndose como su maestro un corruptor de juventudes y sembrador de frivolidades apto para conciencias turbadas por las novelerías de turno.

Este título que los argentinos le tiran a los españoles de ser sembradores de novedades, adquiere un acento peyorativo. La diferencia según Bermann, es que Ortega lo hace desde la posición de una ruptura radical como requisito de nueva sensibilidad y D'Ors con el mensaje de una "restauración" continuista que mantiene lazos con el pasado. El punto convergente es que ambos gritan contra la malvada ciencia, consigna que ejercía un gran atractivo en los precursores del novecentismo que se nutrían ávidamente de las doctrinas del "Espectador" madrileño como de los ensayos del "Glosador" catalán.

D'Ors en Buenos Aires siguió muchos de los rituales de Ortega. Le presentó Avelino Gutiérrez, Alejandro Korn[40], y se le agasajó en la revista *Nosotros*, con un discurso de Manuel Gálvez como representante de los "ideales novecentistas"[41]. Y en el discurso vuelve a surgir el fantasma del pragmatismo de William James junto a la figura muy admirada en la capital porteña que era la de Bergson. La supuesta adhesión de D'Ors a estos pensadores era para el sector de *Nosotros*, ejemplo del moderno eclecticismo intelectual de Xenius. A toda costa se lo quiere ver como obrero de la cultura, se le recibe como "hombre

[39] *Ibid.*, p. 491.
[40] *Anales*, t. II, pp. 111-204.
[41] "La demostración a Eugenio D'Ors", *Nosotros*, abril 1921, pp. 507-520.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

de acción por la cultura". En nombre de los jóvenes que asumen su liderazgo, comenta Gálvez que "aquí como en España, un montón de cosas viejas de muy malas cosas viejas, aflige la vida nacional. Unos cuantos hombres todavía jóvenes, y otros que apenas han salido de la adolescencia, estamos combatiendo por normas nuevas, por la cultura, por el idealismo. Lo mismo que vos, reconoceremos la tradición, pero la tradición que es continuidad en el esfuerzo de las generaciones, la tradición que es la cultura y que no va en contra de la Nueva Vida"[42]. Deja bien claro el joven Gálvez que no quiere este sector la ruptura de lo nuevo con lo tradicional como propondría Ortega con más énfasis en *El tema de nuestro tiempo*. Este libro definitivamente acabaría arrastrando detrás de sí a muchos jóvenes que todavía pululaban entre el novecentismo, lo joven y lo viejo sin decidirse por uno u otro o desertar de ambos.

Gálvez advierte a Xenius que en las generaciones argentinas de 1921, existían dos modos de sentir la vida, una materialista y utilitarista, como era el *modus vivendi* argentino, y el otro moviéndose hacia una vaga religiosidad de romanticismo pacifista, blanda y débil, pero ambos anticlasicistas y anti-intelectualistas. Esas dos modalidades en la juventud argentina, respondiendo a lo mecánico de la vida y al romanticismo decimonónico, ninguno convenía al país. Lo que no se dice es que ambos fueron duramente golpeados por Ortega a lo largo de sus ensayos y conferencias porteñas.

Los que acabaran llamándose la Generación de *Nosotros* se pliegan más bien al novecentismo dorsiano como propulsor del orden, la medida, la armonía, la continuidad, la cultura y la tradición, ideas directrices que aparecen en su libro *La Bien Plantada*, una novela que afirma Gálvez, nunca podría ser argentina. Y en el conflicto entre cultura y vida, que también planteó Ortega, D'Ors se decide por la Vida triunfando sobre el esfuerzo de la cultura. Gálvez insinúa también que el argentino nunca se deja regimentar por la cultura.

Sin duda lo que habrían dejado las visitas de Ortega y D'Ors en el lapso de cinco años, era una nostalgia de renovación de la conciencia argentina, intentando incorporarse a un contenido ideal y espiritual que retomaban las jóvenes generaciones. Era un gesto de querer equilibrar el economicismo materialista reinante y lo espiritual abriendo espacio para crear valores éticos y estéticos. Ésta era la gran preocupación de Alejandro Korn, en esta velada de recepción a D'Ors. Ya se habría perturbado la paz de los claustros con la reforma universitaria del 18, pero se buscaba más justicia en una nueva época que todavía no tenía horizontes fijos. Según Korn en 1921 se estaría reemplazando la acción demoledora de las nuevas generaciones del 18 por la tarea reconstructiva. Concluyó la velada a D'Ors con un mensaje de Héctor Alberto Ripa del Cole-

[42] *Ibid.*, p. 510.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

gio Novecentista, mencionando a ese otro platónico viajero que era Ortega cuya fuerza idealista habría movilizado conciencias y herido al viejo árbol del positivismo que ya era árbol solitario de la tapera, secándose lentamente.

La vista de D'Ors ponía en evidencia como todavía seguía en pie de guerra la lucha generacional, iniciada y propulsada por Ortega. En el centro estaría todavía la presencia del positivista que frunce el ceño airado, o los que callan con sonrisa fría, ante los aires innovadores. "Sed de totalidad" era la frase dorsiana que prendía como lema agitando inquietudes de jóvenes generaciones argentinas en 1921. Y D'Ors en su discurso se siente orgulloso del joven sudamericano de veinte años nacido en el novecientos, que exigía más porque había adquirido conciencia de su época, sus derechos y deberes. D'Ors se estremece ante esta juventud de cuerpo hermoso mirada clavada en lo futuro, músculos tensos listos para estallar, impacientes de reconstrucción.

Según comentario de Alejandro Korn estos jóvenes buscaban el último alarido del poeta o filósofo subordinado su pensamiento a averiguar desesperados la última novedad europea. En cambio de Ingenieros dirá que su compleja personalidad intelectual logró crearse una filosofía de cohesión estrecha con la realidad biológica o social. Con la disciplina de las ciencias médicas integró la evolución secular del pensamiento humano en una síntesis filosófica de convicciones arraigadas y energía vital. Toda una generación le reconoció como maestro manteniendo con bríos polémicos su fervor idealista[43].

Ideales viejos y nuevos

El viejo tronco de Ingenieros que algunos jóvenes ven ya fenecido y que de tanto en tanto detona una oculta hispanofobia, más medida que la de Palcos, seguía fraguando nuevos valores no tanto en los estudios filosóficos sino en la sociología histórica. En este contexto regeneracionista España aparece como nación feudal y decadente, y la América como promisoria de nuevos ideales que no son los "novecentistas", sino los "revolucionarios" americanistas. A regañadientes las nuevas generaciones se topan con el pasado nacional, que en manos del historicismo positivista adquiere ribetes de nacionalismo emancipador lo que enaltece el hecho revolucionario desautorizando el concepto orteguiano del ocaso de las revoluciones. Este será un tema de debate entre nuevas y viejas generaciones, entre positivistas y orteguianos que se genera de *El tema de nuestro tiempo*, que seguirá latente hasta 1940.

[43] A. KORN, "Noticias y Documentos", *Nosotros*, diciembre 1925, pp. 689-690.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Con este título de "Ideales viejos y nuevos", la revista *Nosotros* en mayo de 1918[44] publicó la conferencia de Ingenieros en "El Círculo" de Rosario de Santa Fe donde desarrolla sus teorías sobre la mentalidad feudal de la Madre Patria en tiempos de la colonia, con su carga de ignorancia, supersticiones, convencionalismos, mentiras y falsos ideales. Estos aparecen contrapuestos a la verdad revolucionaria que se estaría engendrando dentro de la colonia contra los "intereses creados", prebendas e injusticias del viejo orden. Y aquí Ingenieros definirá su concepto de "revolución", a la que considera como un proceso de lentos y profundos cambios, concepto que no discreparía con lo enunciado por Ortega en su polémico apéndice tomando una ruta distinta. Para Ingenieros, los ideales de la sociedad moderna se incubaron en la emancipación sudamericana como una abjuración a las viejas creencias de la sociedad colonial. No era un simple cambio de gobernante de turno, sino un cambio de instituciones, "una renovación profunda del pasado que diera paso al porvenir". Esta visión histórica manifestaba como un nuevo orden de creencias se veía obstruido por un viejo mundo feudal donde predominaba el origen divino contra el derecho fundado de soberanía popular. Ingenieros sostendrá que la revolución de los comuneros españoles intentó revertir la situación siendo el origen de una posible democracia española, alegato que Ortega se encargara de desmentir.

En esta concepción de emancipación colonial, dejando atrás una estructura tradicional opresiva, se basaba el gran orgullo del historicismo argentino con aires de democracia republicana que de tanto en tanto zarandeaba a los visitantes españoles retrotrayéndose a leyendas negras o a mitos liberales americanistas. En esta conferencia Ingenieros planteaba que estos ideales americanistas eran la antitesis de las supersticiones "los ideales no son herencia del pasado, sino anticipación del porvenir; no son fuerzas conservadoras de lo que fue, sino gérmenes fecundos de lo que será"[45]. Con lo cual infería Ingenieros que la revolución americana fue "una lucha fatigosa entre las creencias de un mundo que muere y las creencias de un mundo que nace, entre viejos ideales que ya son supersticiones y nuevos ideales que esperan convertirse en realidades humanas"[46].

Ingenieros quien en 1918 ponía como ideal continental a la gran nación del Norte, con su presidente Wilson, como el gran interventor de la guerra en nombre de la democracia y el derecho de naciones, defendía a la vez la revolución rusa de Lenin. Ambas aparecen como ideales de humanidad contra una

---

[44] J. INGENIEROS, "Ideales viejos y nuevos", *Nosotros*, mayo 1918, pp. 5-23.
[45] *Ibid.*, p. 13.
[46] *Ibid.*, p. 14.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

España teocrática, contra el Vaticano y el imperio austriaco, reinos vetustos al servicio del derecho divino. Con los años Ingenieros retomará la causa americanista marxista volviéndose enemigo acérrimo del panamericanismo norteamericano. Quien habría mantenido vínculos culturales con la América del Norte, se volverá para muchos jóvenes de las nuevas generaciones que siguen esta misma línea de pensamiento anti-norteamericano, un defensor de la causa sudamericana.

Hombre de acción

Ingenieros, quien habría elaborado en sus artículos las diferencias entre el hombre de acción y el contemplativo, consideraba inferior al hombre de acción política y superior al del pensamiento. El horizonte para el hombre de acción era limitado solo al alcance de sus músculos o de una eficiencia instantánea o sensual. El hombre de pensamiento tenía una visión más larga y lenta. Ingenieros que habría comenzado siendo hijo de acción socialista, dejó la plaza pública, el comité, y las intrigas universitarias para encerrarse en su gabinete para elaborar una sociología argentina para jóvenes. Pero los hechos políticos, las ansias de reformas universitarias, y el empuje de las revueltas sociales argentinas, le demostraban, como a Ortega, que el intelectual iba detrás de la historia, aun cuando su misión era adelantarse a ella.

Si hubo un pensador argentino que dedicó esfuerzos a forjar un alma sudamericana independiente fue Ingenieros. Con Quesada discutía largas horas sobre la identidad de la América ibérica, sobre la gravísima tutela del Norte con su *big stick* y elástico nombre de doctrina Monroe. Le molestaba el vasallaje denigrante y económico del imperialismo norteamericano, poderoso por sus recursos y su diplomacia del dólar. Por otro lado reconocía la desunión y desgobierno de los países iberoamericanos todavía enviciados en alzar el poncho al menor pretexto y vivir en continua chirinada de "gauchos malos". Un país de estas características, opinaba Ingenieros, sería presa fácil del cartaginés estadounidense.

Muchos de estos sentimientos conflictivos reaparecerían en las revistas juveniles de las nuevas generaciones argentinas tan hostiles al panamericanismo como al positivismo del propio Ingenieros. Sin embargo su actividad propagandística se extiende por el continente hasta el punto que Vasconcelos, reconociendo en Ingenieros un intelectual representativo de la hora actual, le invita a estudiar reformas que el gobierno mejicano habría emprendido. Sin duda las esferas universitarias de Latinoamérica le veneraban por su nobleza y audacia a la hora de defender la independencia continental. Así como Ortega predicaba un europeísmo unido, Ingenieros auspiciaba la unión y solidaridad de

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

lo latinoamericano contra el vasallaje del "panamericanismo" desleal de la gran familia latinoamericana. Y en este emprendimiento contó con el apoyo y aprecio de las nuevas generaciones argentinas y con las advertencias de Ortega desde *La Nación* de que el destino de Argentina estaría ligado a la doctrina Monroe.

El Dr. Sánchez Viamonte, al fallecer Ingenieros, en nombre de la revista *Sagitario* de signo orteguiano, le rinde culto a este hombre extraordinario, como gran innovador cultural y social; pero aclara que de menor interés por sus ideas filosóficas "porque esas doctrinas solo fueron facetas y aristas intelectuales de su temperamento de luchador". Dice al respecto Sánchez Viamonte, "en realidad Ingenieros no fue un filósofo en la acepción de anodina placidez que a menudo reviste el vocablo. Fue un pensador vigoroso, original y profundo, aguijoneado sin tregua por la urgencia de la realización y torturado por la exigencia implacable con que su sentido de la justicia" agotaba su alma de apóstol. Se le consideró entonces, a su muerte "precursor y guía de la nueva generación americana"[47].

Curiosamente un miembro de la revista *Inicial*, poco adicta al positivismo filosófico fuera de moda, Homero Guglielmini, lo despide con otro tipo de homenaje: "Ingenieros ha prestado un servicio inestimable a la cultura del país, y particularmente a las nuevas generaciones; es autor de la síntesis más orgánica y sistemática que haya sido hecha entre nosotros de todo lo que hoy debe ser relegado y superado, y encarna en su personalidad la posición precisamente antagónica a la que el novel pensamiento asume. Hacía falta entre nosotros una formación integral del positivismo y del naturalismo cientificista, a la manera de Haeckel, de Spencer o de Taine, Ingenieros lo hizo"[48]. Guglielmini le concede a este pensador, aun en su postura de negar para superar, la disciplina crítica del polemista fecundo que erizó su obra de agudas puntas y audaces intuiciones. No fue Ingenieros una filosofía, pero fue por lo menos una negación coherente de la filosofía. El artículo comentando aquellos aspectos de la obra de Ingenieros que no supo resolver cae y concluye en un comentario acerca de Ortega y *El tema de nuestro tiempo*, en la antimonia entre cultura y vida, dilema que el maestro argentino no supo comprender y que Ortega parece contradecir. A Guglielmini le parecía un extraño deportismo el de Ortega que comenzaba por aconsejar a las nuevas generaciones la vida como activismo y a la vez predicaba la abstención de toda política, de todo ideal, de toda lucha y de todo norma de acción. En este sentido no se cerró Ingenieros en una torre de marfil asumiendo una postura política y de lucha social más definida.

A Ingenieros se le dejó ir con el honroso título de "maestro de la juventud

---

[47] C. SÁNCHEZ VIAMONTE, "Documentos", *Nosotros*, diciembre 1925, pp. 690-691.

[48] H. GUGLIELMINI, "Ingenieros y la nueva generación", *Nosotros*, diciembre 1925, p. 606.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

americana" que le otorgó la izquierda argentina. Desde 1918, Ingenieros ya se habría adherido a la causa de la nueva Rusia y su celebre conferencia sobre "La significación histórica del movimiento maximalista" habría dejado huellas imborrables en la juventud idealista de la nueva sensibilidad orteguiana que derivó sus esfuerzos hacia el marxismo internacional. Desde 1922 hasta su muerte en 1925 su campaña de acción antiimperialista, que se proyectó en el periódico *Renovación*, proclamó una "revolución" de los espíritus a nivel nacional y continental, desoyendo las insinuaciones orteguianas que profetizaban el ocaso de las revoluciones.

Si Ingenieros fue el artífice de la unión latinoamericana, en sentido político, fue Ortega en el 16 el instigador de un movimiento que movilizo la conciencia juvenil hacia drásticas rupturas generacionales que desembocaron en la reforma universitaria del 18. Ingenieros cuando llegó la hora de dicha reforma la apoyó con vehemencia, y llamó a la acción. Pero fue Ortega y Gasset el que sutilmente movió la estantería como reconocería E. Suárez Palomino en 1925 al escribir sobre Ingenieros como "Maestro y no magíster" alegando que "su interés estaba en agitar el charco, según el símil de Ortega y Gasset"[49]. Ortega dejó impreso en la juventud un ideal sin rostro político, una sublevación de nueva sensibilidad que aspiraba a ser un "maraviglioso gesto di muoversi" en medio del pesimismo de la guerra. Él dejó ardiendo en los jóvenes y en las mujeres argentinas ese sentimiento de renovación espiritual que arraigó profundamente alejándose con esa famosa frase "preferimos a gravitar como piedras arder como antorchas".

Cuando ya estaría Ortega camino a Madrid, un joven se preguntaba si habría enseñado algo nuevo, y la respuesta fue negativa. Ortega no vino a enseñar sino a demostrar que es posible el buen pensar, recordando sus propias palabras, que la filosofía no se enseña, a lo sumo se contamina. "Eso es lo que nos ha dejado su inquietud de intelección, como fuerza inicial, como punta de espada, algo, en fin, que era estático y que ahora se torna en factor dinámico"[50]. Y ese factor dinámico se debió a la nueva sensibilidad adaptada a la idiosincrasia colectiva de los argentinos en aquel momento histórico en que se vivía con poca filosofía, sin ciencia propia y mucho utilitarismo progresista.

Divisiones generacionales

Atilio García Mellid en julio de 1924, desde *Nosotros*, intenta tomar el toro por las astas y definir quienes son estas nuevas generaciones o jóvenes divorcistas

[49] E. SUÁREZ PALOMINO, "Maestro y no Magíster", *Nosotros*, diciembre 1925, pp. 683.
[50] J. Rómulo FERNÁNDEZ, "Apuntes sobre Ortega y Gasset", *Nosotros*, enero 1917, p. 28.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

que emplazan a otra cerrando su ciclo histórico. Llega a la conclusión que en su más amplio significado era todo pulmón joven y fuerte que gritaba por un cambio. Era generación que sucedía a otras ya viejas, a la que pertenecían Ingenieros, Terán, Rojas, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, grandes hombres del pensamiento y cultura argentina, que se ven reemplazados por una generación con nuevas estructuras morales de orientaciones y finalidades distintas. Se las define esencialmente como "generación que remplaza a otra que ya ha cerrado su ciclo histórico, a la que continua y supera". Para García Mellid encuadran una posición, y no una aptitud. No han llegado al ejercicio de la vida plena. Se cita del *Glosario* de D'Ors exigiendo mesura, pero con más peso se trae a colación a Ortega, en concreto a su artículo de *La Nación* del 28 de julio del 24, "Generación contra Generación", donde el filósofo de Madrid admite que la nueva posición o misión "histórica" de estos jóvenes no posee aun "ni siquiera un esquema, un repertorio distinto que oponer al antiguo".

Esta novísima falange argentina depositaria de novedades imprecisas, es todavía una tentativa de nueva generación. Trae a la escena nuevamente el articulista Mellid al celebre Palcos, quien en un artículo del 4 de agosto del 24 en la revista *El Hogar* comentaba críticamente "El ultimo libro de Ortega y Gasset", *El tema de nuestro tiempo*. Esta obra no solo le concedía un leve palpitar a artistas y escritores, incitaba también a una nueva perspectiva sociológica e histórica que inspiró a un sector de las juventudes argentinas a tomar como misión especifica el ser una nueva generación "histórica".Y este desafió era algo más serio. Tomará el liderazgo un miembro de la revista *Sagitario*, Julio. V. González quien desde *La Nación* el 19 de julio del 24, anticipaba "La función histórica de las Generaciones".

Incorporarse o adueñarse del curso de la historia ya eran palabras mayores. Habría quienes desde el sector de Ingenieros o Palcos veían esta audacia como "usurpación delictuosa". En este terreno resbaladizo entre la sociología y la historia, Ingenieros estaría madurando el pasado argentino en cuya ascendencia no tenían cabida estos jóvenes que ni siquiera habrían tocado el umbral de la conciencia histórica como tal. Para este sector positivista las Nuevas Generaciones históricas se arrogaban un rol histórico sin criterio reflexivo, sin sistematizar y sin continuidad de ideas.

Para corroborar esta "usurpación incomprensible" se cita al maestro de todos ellos, Ortega, de su artículo en *La Nación,* "La Etnología y la Historia; en sentido histórico" publicado el 6 de julio del 24 donde afirmaba que el historiador necesitaba elevarse del armazón de su propia vida para revalorar las tendencias radicales de su espíritu, algo que estas nuevas generaciones combatientes, según el ojo cívico de Ingenieros y compañía, eran incapaces de llevar a cabo. Con ironía Mellid comentaba que si las viejas generaciones an-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

teriores no se aquilatan como generaciones históricas, estas nuevas se encasillarán y se medirán a sí mismas creando nuevas momias nacionales. El que aparece también en este escenario polémico es otro celebre español, Adolfo Posada, terciando desde *La Nación* en el año 24 sobre el supuesto historicismo falso de las generaciones juveniles. Y lo que se dice de una generación a otra, es que les faltan a estas generaciones jóvenes "sucesión de continuidad". Sin maestros ni modelos no hay historicismo posible. Ésta era la opinión de Posada.

El divorcio entre generaciones, provocado por el mensaje orteguiano de cortar con la continuidad, reforzado y legitimado desde *El tema de nuestro tiempo* en su teoría de las generaciones, reaparece un tanto atenuado por Julio V. González desde *La Nación*. Su explicación es que "tal divorcio no quiere decir repudio de todo lo existente, ni la negación de todo lo evolucionado y por tanto adquirido por el ser social; quiere decir la separación, la desvinculación inherente a un cumplido fenómeno de diferenciación". Pero no todos lo entendían así. La novísima sensibilidad histórica puesta en marcha por Ortega desde el 16, la misma que calificaba al siglo XIX no solo de estúpido, sino de atroz, era lo que conducía a la certeza de que se asistía al ocaso de una generación y al advenimiento de otra nueva sin posibles diálogos entre una y otra.

En 1924 el debate rugía en todas las revistas y periódicos de Buenos Aires, pero el proceso se habría fermentando entre los jóvenes desde la nueva sensibilidad en la velada de *Nosotros* en el 16. Lo que haría más vigente en el 24 la disputa generacional era la aparición de *El tema de nuestro tiempo* (1923) impulsando con más vehemencia la rebeldía que ya se estaba forjando desde el primer llamado a movilizarse hacia una nueva sensibilidad, pasando por el novecentismo de D'Ors, y ante todo estimulado y fraccionado por la acción política y el rumbo de la celebre reforma universitaria del 18. Este evento tuvo gran impacto en esta historia de generaciones encontradas y enconada y se vivió como parte de una gran reforma social que tuvo impacto en todo Latinoamérica.

Ante el rupturismo de *El tema de nuestro tiempo,* el lema dorsiano de continuación y no divorcio, sería retomado por Ricardo Rojas forjador de la Primera Profesión de Fe de la Alianza de la Nueva Generación en que se exigía continuar y sistematizar nuevas construcciones con el espíritu dorsiano. Este grupo indicaba las falencias de los que seguían el mensaje rupturista de Ortega preocupados en diferenciarse de las generaciones anteriores para justificar su arrogante posición destructora, que no atinaba a sistematizar ni a construir soluciones. A los jóvenes de las revistas *Inicial*, *Sagitario* y *Martín Fierro* se les acusaría en nombre de una nueva sensibilidad de "demoler" irreverentemente el pasado.

En 1924 las nuevas generaciones parecen tener bien definida su primera gran escisión. Las "históricas" que se sienten posteridad siguen a Ortega y las

que se adhieren al Tratado de Alianza de Rojas se inspiran en Eugenio D'Ors y detrás de él seguiría también José Gabriel y su Colegio Novecentista. Del otro flanco beligerante, surgirá la presuntuosa revista *Inicial* impulsada por Alfredo Bianchi en 1923. Allí se reunían todos los espíritus heterogéneos que estarían en contra de todos los sistemas sociales ideados hasta el presente. Eran considerados estos jóvenes por otros sectores argentinos de lamentables e ignorantes escépticos.

A estas jóvenes generaciones, cada una con su etiqueta específica, desde las viejas generaciones se las catalogaba de ser "generación inflada y giratoria como los gallos de veleta". Y los vientos que soplaron más fuertes para dispersar estos grupos en los años 30 fueron las alianzas de acción política. Cuando se toparon con la gran depresión y con los nubarrones amenazantes de la política internacional, la nueva sensibilidad sucumbió dejando a Ortega solo para recoger en "Goethe desde dentro" los fragmentos dispersos y desilusionados de estas pasadas contiendas. El tono de este texto donde volverá a surgir la teoría de las generaciones presagia un cambio radical, virando la mirada histórica de Ortega en el 32 hacia lo que García Mellid habría propulsado en 1924 desde la revista *Nosotros*, la necesidad de preservar una nueva generación argentina como sucesión de continuidad y razón histórica. ●

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882